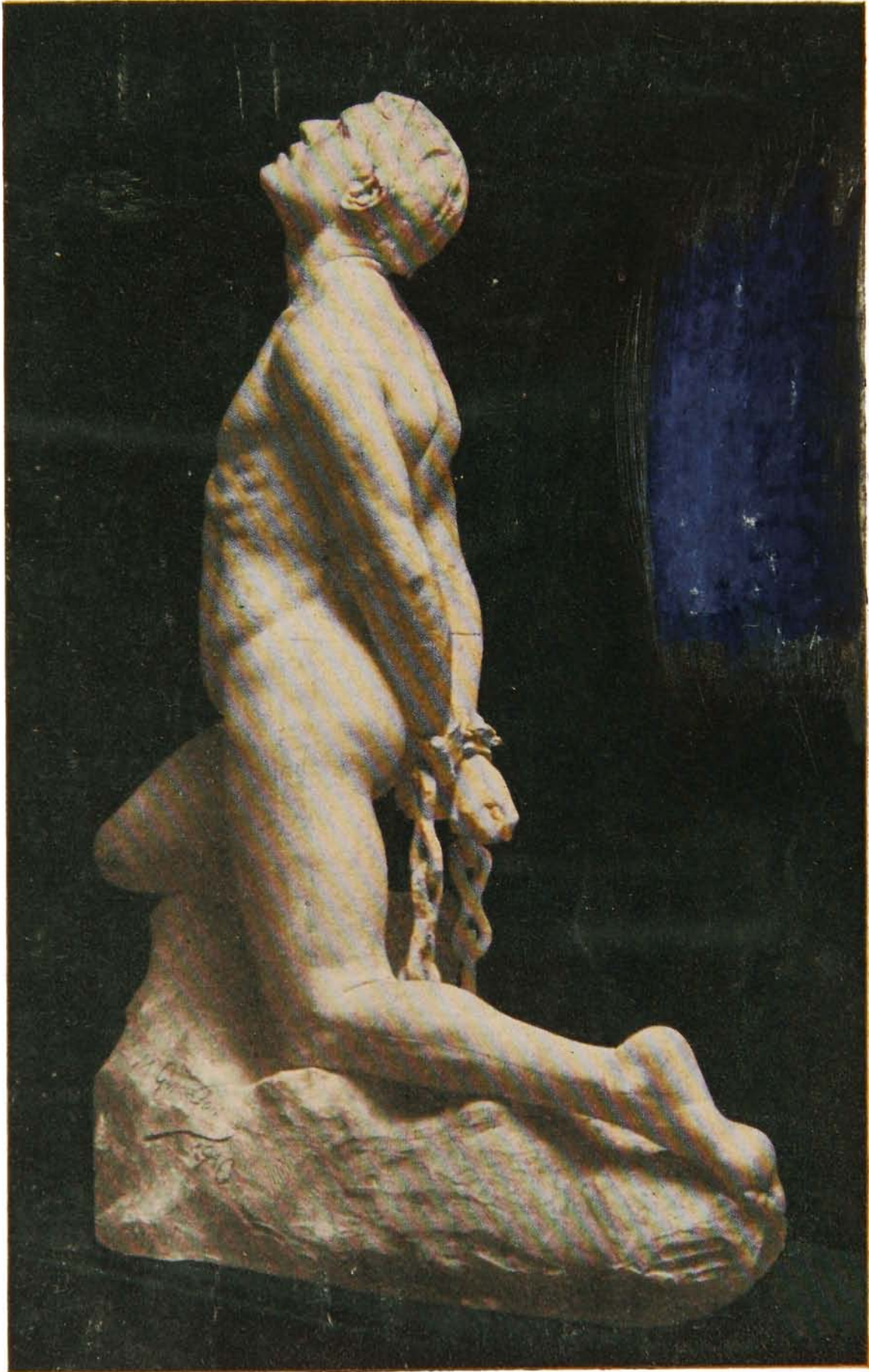


# ESTUDIOS



EL DOLOR UNIVERSAL.

Escultura de M. Garci-González

ABRIL DE 1929

50 céntimos



# Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

(Obras selectamente escogidas por su utilidad y su valor educativo)

Pídanos nuestro catálogo general, que remitiremos gratis



**La Muñeca**, por F. Caro Crespo. —Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.



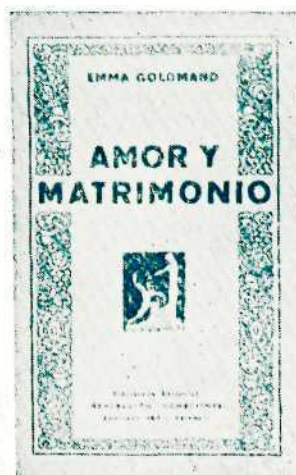
**El veneno maldito**, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.



**La educación sexual y la diferenciación sexual**, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—Precio, 0'50 pesetas.



**Embriología**, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendad la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de Shum a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.



**Amor y matrimonio**, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que deberían leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.



**El A. B. C. de la Puericultura Moderna**, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.



# ESTUDIOS

✻ AÑO VII ✻

ABRIL

1929

REVISTA ECLÉCTICA

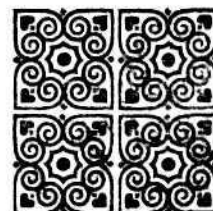
Redacción y Administración

PUBLICACIÓN MENSUAL

APARTADO 158. — VALENCIA

NÚMERO 68

## La raza de los pobres



Manuel Devaldés, en su notable libro *La Maternité Consciente*, cita los trabajos e ideas de Alfredo Nicéforo, profesor de Antropología en la Universidad de Génova, que confirman plenamente la realidad de esta raza de los pobres. En los exámenes comparativos entre niños pobres y niños de familias económicamente desahogadas, se nota una diferencia bastante apreciable: una inferioridad física y mental de los primeros. Lo más notable es el atraso en el crecimiento y desarrollo corporal que empieza desde el nacimiento. El peso y talla de los niños pobres recién nacidos, es ya inferior en general a los niños de cunas privilegiadas. Esta diferencia es más destacada en los niños pobres procedentes de familias numerosas, en las que la madre no llega a tener la alimentación adecuada a su estado, forzada casi siempre a trabajar, y teniendo que interrumpir la lactancia de un hijo, muchas veces antes de los seis meses, por haber quedado embarazada.

Niños, que ya al nacer, traen una inferioridad de desarrollo y de nutrición, que no tienen una lactancia completa, ni los cuidados debidos, ni la alimentación suficiente, es natural que resulten retrasados en su crecimiento, en su desarrollo corporal y mental. Llegados a la segunda infancia, empiezan ya a trabajar y los músculos solicitan para sí materiales que deberían ir a otros tejidos y órganos. Así llega la pubertad, el súbito incremento que al desarrollo corporal imprime la adolescencia, y el individuo se completa, se madura, sin que los atrasos hayan podido ser reparados.

En la escuela, los niños pobres son, en com-

paraciones globales, de menor talla, de menor peso, de menor capacidad respiratoria, de menor fuerza y de menor resistencia a la fatiga que los niños bien criados y alimentados. La edad mental de estos niños pobres está retrasada, es decir, que su desarrollo mental es siempre menor que el que corresponde a su edad.

El desarrollo industrial, con la especialización y racionalización despreciadoras de todo miramiento humano, atentas sólo al abaratamiento de la producción, han agravado notablemente la degeneración física del proletariado, que ya no puede jactarse de superioridad física ninguna. Ni en fuerza muscular, ni en desarrollo armónico, ni en belleza física, ni en pruebas atléticas, pueden epatar los pobres a los ricos. Estos, bien alimentados, entrenados en los deportes, ejercitados en estudios, pueden jactarse de su superioridad física, fisiológica y mental.

La familia numerosa, la prole excesiva, es la causa primera de esta inferioridad racial de los pobres. El salario actual sólo permite vivir decorosamente al obrero soltero, o a la familia muy restringida, con no más de dos o tres hijos. La familia numerosa suele pasar por dos épocas distintas; una de extrema miseria, cuando los hijos son pequeños, que gastan y no producen y que requieren más vigilancia y cuidados; otra de prosperidad, cuando los hijos empiezan a juntar su salario al del padre, y la madre puede, libre del cuidado de los hijos, dedicarse a ocupaciones remuneradoras; esta segunda época, no suele ser bastante para reparar los atrasos y miseria fisiológica de la época de pe-

nuria; en ella llega la pensión con que las premia el Estado. Pero pronto los hijos se emancipan y el problema de la miseria tiene nuevas ediciones y agravaciones.

Está igualmente comprobada la vejez prematura de los pobres y lo corto de su límite de edad, fijada por algunos en 55 años como término medio. Este descenso en el límite de edad, es debido a las más frecuentes ocasiones de enfermedad y muerte prematura, que por razón de su alimentación insuficiente o exigua, padecen. Una alimentación inferior a la normal, en cantidad o calidad, permite conservar la salud y la ejecución de un cierto trabajo, llena las necesidades y los gastos del organismo, pero es a costa de extremar el aprovechamiento digestivo y de reducir al mínimo los gastos: de limitarse a llenar las necesidades elementales e imprescindibles. Esta penuria nutritiva, en el organismo adulto, no acarrea más que percances patológicos, predisponiendo al organismo para las enfermedades infecciosas. Pero en los organismos en crecimiento, en formación, produce retrasos, ruinas y defectuosidades que una vez consolidadas por la pubertad, no pueden tener remedio. Y lo peor, es que estas causas de entequéz de ruindad, de miseria fisiológica, repetidas en varias generaciones, llegan a adquirir estado constitucional, y a fijarse en el plasma germinal. La herencia los perpetúa y una parte de humanos aparecen marcados con el sello de la nutrición deficiente, modelados orgánicamente por la miseria.

En el proteiforme ambiente social, las cosas no ocurren tan simplemente ni de modo tan esquemático. Al par que influencias francamente degenerativas, existen otras frenadoras, opuestas a la inferioridad racial. Entre estas últimas, débese mencionar la emigración de las gentes del campo a la ciudad; emigración cada día más creciente por el progreso de la maquinaria agrícola. Los individuos procedentes del campo, mejor nutridos, y desarrollados en ambiente más natural y propicio, aportan su plasma germinal sano al tarado de los pobres de ciudad. Y, al contrario, a la acción disgénica de la pobreza, hay que añadir la aun mayor del alcoholismo, vicio harto arraigado en el proletariado como un medio de sustraerse a la conciencia de la propia miseria.

La raza de los pobres, es desgraciadamente

una penosa realidad. Su inferioridad física tiende a acrecerse de generación en generación. Sus características se acusarán más cada vez: pequeña talla: atraso en el desarrollo y en el crecimiento; desarrollo muscular inarmónico, limitado a sectores determinados por la especialización industrial y caracterizado por músculos cortos y destacados; pubertad retardada; vejez y muerte prematura; indefensión para las enfermedades, etc. Es una raza que tiende a la eliminación, igual que todos los vencidos en la lucha por la vida.

El remedio no puede ofrecerlo ningún rentorismo, ni puede ser fruto de ningún cataclismo social. La miseria es fruto obligado de la sobrepoblación, de la desproporción entre la cantidad de alimento y el número de bocas. Con víveres insuficientes no hay posibilidad de reparto equitativo, so pena de generalizar la miseria. El mal ha de atacarse por la raíz, la solución ha de comenzar por la base, cimentarse en la conciencia de las gentes: procurando a los hijos, medios y condiciones de vida mejores que los nuestros.

I. PUENTE



## ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año (12 números) ..... 6'50

Para los demás países: Un año (12 números)..... 8'50

*Incluido el número Almanaque de 1.º de año.*

*La suscripción puede empezarse en cualquier mes.*

**Número suelto, 50 céntimos**

A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.—Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjense al Administrador: J. Juan Pastor.—Apartado 158.—VALENCIA (España).

Toda la correspondencia, giros, certificados, valores, etc., diríjense de la siguiente forma:

**Sr. D. J. Juan Pastor**

**Apartado 158.—VALENCIA**



## El Optimismo, el Pesimismo y el Racionalismo en la Literatura ...

# EL QUIJOTE

La pluma es la lengua del alma.

*Cervantes.*

La literatura es un arte aun más libre que la escultura y, por lo tanto, que la pintura; es también más múltiple; goza de un radio más amplio; es más flexible; de manera que ha podido venir expresando, a través de las edades, los respectivos criterios prevalecientes. La literatura es la única de las artes que no ha tenido su época determinada para florecer, como pasa con la escultura, la pintura y aun con la música, pues ha logrado sostener su influencia en todos los tiempos con igual intensidad. Tampoco es exclusivamente optimista, como la escultura; ni exclusivamente pesimista, como la pintura; sino que, tan flexible como la música, puede expresar todos los distintos conceptos.

En términos generales, la literatura fué optimista con Homero, Hesiodo, Lucrecio, Virgilio, etcétera, durante la civilización greco-romana. En la Edad Media y el Renacimiento, fué pesimista con Dante, Leopardi, y, más tarde, con Shakespeare, llegando a ser, finalmente, racionalista con Cervantes y Goethe, en los tiempos modernos. En veces, sirve para exponer criterios opuestos en una misma época o en un mismo país, demostrando así ser un medio de expresión más adecuado que las otras artes, salvo la música. En Inglaterra, Byron canta el pesimismo, y Pope y Shelley cantan el optimismo. En los Estados Unidos, Poe canta el pesimismo en su poema *El Cuervo*, más trágico y profundo que *El Infierno*, del Dante, en tanto que Walt Whitman canta el optimismo con tal vigor y espontaneidad, que le ha valido alcanzar el primer puesto entre todos los poetas del Nuevo Mundo.

Una muestra del optimismo y del pesimismo literario, en Alemania, la tenemos en Schiller y Heine, respectivamente. En Francia, Víctor Hugo y Alfredo Musset fueron el uno optimista y el otro pesimista. Los poetas españoles fueron, por lo general, optimistas, en tanto que los hispanoamericanos son pesimistas, comenzando por Rubén Darío, aunque Díaz Mirón fué un optimista y Amado Nervo dió el mejor ejemplo del racionalismo. Pero donde llegó el pesimismo a su mayor expresión fué en Inglaterra. Aquí, Shakespeare supo pintar mejor que nadie aquel aspecto más mortal y, por lo tanto, menos permanente del espíritu humano: las pasiones. Así, los celos en *Otelo*; el odio en *Macbeth*; la avaricia en *El mercader de Venecia*; la venganza en *Hamlet*, etcétera.

De acuerdo con lo que venimos sosteniendo, la tragedia estaba fuera de lugar en Grecia, durante la época en que florecía allí el optimismo. En cambio fué durante la pesimista Edad Media que la tragedia tenía que alcanzar su mayor desarrollo. Sin embargo, el pesimismo medieval fué tan trágico, que la literatura pasó a ocupar un puesto secundario, cediendo el primer puesto de momento a la pintura, el arte peculiar del pesimismo. El crítico Brandes observa oportunamente que «El Juicio Final», de Miguel Angel, es más formidable que «El Infierno», del Dante, pues expresa aún mejor que éste la desesperación de la humanidad. De *La Divina Comedia*, aquella su parte más notable tenía que ser «El Infierno», en tanto que, para cantar «El Cielo», Dante estuvo tan fuera de lugar, que dicha parte resulta extremadamente pesada; no nos habla allí el autor en su verdadero lenguaje: el pesimismo. Es la misma causa de que, a pesar de sus admirables esculturas, «El Juicio Final»



tenía que ser la obra suprema de Miguel Ángel. Era la época en que triunfaba el pesimismo...

Por extraña coincidencia la tragedia culminó con Shakespeare al mismo tiempo en que Cervantes le daba muerte con el *Quijote*. Esta obra, acabando con la caballería andante de la tragedia—no la de los insulsos novelones de caballería, como trivialmente creen algunos—, causó una revolución en la literatura. Aunque la crítica nos dice que el mayor mérito del *Quijote* consiste en haber podido distinguir y separar lo real de lo ideal, la verdad es que la citada obra de Cervantes es aún de mayor trascendencia por haber sido el paso más decisivo que dió la literatura para salirse del pesimismo medioeval, presagiando así la era de la redención intelectual del hombre. Esa obra parece haber sido escrita para enseñarnos a comprender el destino. Fué una espada de dos filos, que decapitaba el optimismo inconsciente, al mismo tiempo que daba muerte al pesimismo. Como vimos, fué el presagio del racionalismo literario.

Cierto que Cervantes tenía que ser cruel para ridiculizar la tragedia; pero su actitud fué saludable. El *Quijote* encarnó la primera reacción del racionalismo moderno contra el pesimismo. Concedor de la filosofía del destino, Cervantes supo apreciar a todos los hombres, aun a aquellos que le dejaron manco en el fragor del combate. Ese aprecio a todas las distintas razas es una virtud que le conceden todos sus historiadores, y que nos muestra que el Manco de Lepanto podía ver las cosas bajo su aspecto de eternidad.

Con su ingenuidad característica refiere Cervantes que Don Quijote proyectaba escribir un libro maravilloso, que indudablemente iría a reformar a la humanidad, pero que otros proyectos más importantes le desviaron la idea, y fué que se le ocurrió más práctico salir él mismo, lanza en ristre, reformando a palos a los hombres. Evidentemente que, como todo reformador, el manchego confiaba más en la práctica que en la teoría, y sólo se ajustaba a ésta mientras no veía la posibilidad de emplear la fuerza. ¿Habrás visto ironía más sangrienta lanzada al rostro de los reformadores? El error de Don Quijote consiste en que se creía con la fuerza sin tenerla. Ello es la causa de

que Mefistófeles se riera siempre de él. Mefistófeles es el destino, tal como es. Don Quijote es la caricatura del destino.

A pesar de todos nuestros defectos, la quintaesencia del alma humana es el principio panteísta y eterno que une a todos los seres, pero que no hallamos en todo prójimo, porque carecemos de la requerida visión para poder ver los seres bajo su aspecto de eternidad. Sancho creyó engañar a su amo, diciéndole que la aldeana Aldonza Lorenzo era la princesa Dulcinea. Todos nos reímos de la credulidad de Don Quijote, sin percatarnos de que la diferencia entre nuestro concepto y el del noble manchego consiste precisamente en que este último podía ver en veces la quintaesencia de los seres, es decir, que los veía bajo su aspecto real, eterno, en tanto que la generalidad no los vemos sino bajo el aspecto transitorio y falso de nuestra propia incapacidad, y es esta incapacidad la que nos dificulta poder amar al prójimo. El engañado no es, pues, el que ve la parte buena de las cosas, sino el que sólo puede percibir aquella parte que se considera mala. Pero Don Quijote no veía siempre las cosas bajo el aspecto de eternidad, sino que, impersonando a un mismo tiempo los dos conceptos, el optimismo y el pesimismo, también solía tocar el extremo opuesto, como cuando tomaba por infernales gigantes las aspas de unos molinos de viento. Y es, fijémosnos bien, este otro extremo, del que se vale Cervantes para no hacer de su loco un héroe, un santo, un ungido como Jesús, quien, a la vista de un perro muerto que todos execraban, sólo le encontró de particular la blancura de sus dientes... Haciendo fluctuar a su héroe entre el pesimismo y el optimismo, Cervantes mató el pesimismo literario, pocos años antes de que Spinoza fundara el racionalismo, enseñando a los hombres a ver las cosas bajo su aspecto de eternidad, como lo mandaba Jesús. Y es, siguiendo esa misma línea, que Goethe vino a dar una nueva orientación a la literatura, proclamando la redención humana por medio del romanticismo.

Tanto los pesimistas, quienes se imaginan que el hombre no puede progresar; así como los optimistas empeñados en que la evolución social se debe únicamente a las prédicas de los moralistas y reformadores encargados de mo-



delar el criterio humano, andan por los extremos. Y ya los críticos tendrán para rato, caso de querer averiguar si el ejemplar de *Don Quijote de la Mancha* hallado en 1676 entre los polvorientos libros de una buhardilla de Amsterdam, influyó en la filosofía de Spinoza, o si es que éste leía dicho libro, simplemente por el placer de ver destruído el pesimismo en la literatura antes de haberlo él hecho en la filosofía...

Si las prédicas tuviesen la eficacia que le conceden los reformadores, ya los hombres habríamos aprendido a amarnos mutuamente, pues la ley de oro: «Ama a tu prójimo como a ti mismo», no admite discusión, ni en cuanto a exactitud, ni en cuanto a elocuencia. Mas ello no quiere decir que Jesús fracasara, por más que los llamados cristianos llegasen hasta utilizar el nombre de Cristo para establecer la Inquisición. Porque esa ley de oro, aunque no haya logrado aún reformar a la humanidad, en cambio entraña una paradoja de tal alcance, que obligando a ensanchar el criterio del hombre, nos perfeccionará el intelecto, hasta hacernos comprender el destino. Y Cervantes fué el exponente de la paradoja en la literatura, así como Spinoza lo fué en la filosofía y Jesús en la moral.

Siguiendo el mismo orden de ideas, diremos que, así como las desatendidas prédicas de Jesús no constituyen por ello un fracaso, tampoco la ironía de Cervantes lo fué, por más que, después de publicado el *Quijote*, continuara la Inquisición quemando herejes, y Lope de Vega escribiendo versos y dramas... El *Quijote* es la encarnación del racionalismo; mató la tragedia potencialmente, y al formular la más tremenda de las paradojas en la literatura, ridiculizando el ideal, obligó al cerebro humano a hacer una gimnasia intelectual que lo pondrá algún día en la posibilidad de comprender el destino.

La historia de las artes es la historia de la filosofía, es decir, la historia del respectivo concepto ideológico de las distintas generaciones, pues detrás de cada obra de arte se oculta el mensaje del artista. La misión del crítico es poder revelar al historiador dicho concepto. Tenemos, pues, que, así como la escultura, la pintura y la música, la literatura ha sido también un medio de que se ha valido la especie

humana para expresar el concepto optimista, pesimista o racionalista de las distintas edades o civilizaciones. La literatura se diferencia de las demás artes, en que no tuvo una época determinada para prevalecer y otra para eclipsarse, sino que siempre ha estado en actividad, atenta a las distintas pulsaciones del concepto general.

GARLOS BRANDT



## La Verdadera Ciencia de Curar

(Sin drogas ni operaciones)

Utilizando los elementos que la Naturaleza sabía pone al alcance del hombre, y aprovechando los tres factores esenciales de la vida: *Agua, Aire y Sol*, cuya acertada aplicación puede hacer verdaderos milagros en el tratamiento y curación de las enfermedades, por rebeldes que sean. Contiene esta obra trascendental de medicina naturista adaptada a las características de la raza latina, además de un extenso y minucioso tratado sobre toda clase de enfermedades, al alcance de todos, una parte dedicada al estudio y propiedades de las plantas medicinales, y otra para conocer las enfermedades por la expresión del rostro.

Un precioso volumen de 540 pág. con 93 grabados, ricamente encuadernado.—*Precio, 20 pesetas.*

Pedidos a esta Administración: Apartado, 158.—Valencia.





## Misión social del arte



Permitidme que una vez más desarrolle, a grandes rasgos, el concepto que, después de corto, pero ardiente combate por un ideal, he formado del Arte y de su misión como factor eficiente en el desarrollo de las sociedades.

Comprender la belleza, amarla, compenetrarse de ella; impregnarse de su sublime efluvio, es prepararse para pensar noblemente; es levantar la inteligencia a la altura de las armonías serenas, donde la vida se purifica y expande.

El Arte es un factor de la vida, porque el Arte produce la belleza, y la belleza alegra la vida. Matiz, color, fuego, es manantial de luz que nos alienta y redime. De nuestras propias tristezas nacen nuestras esperanzas, cuando el Arte sabe encontrar hermosas formas para traducirlas. Así, el Arte es un redentor que nos hace soñar dorados sueños y abrigar ilusiones y utopías.

Aprenda el pueblo; enseñémosle a gozar de la belleza, para que, desarrollando todas sus energías, pueda vivir así vida completa. Ese es otro derecho al cual todavía no ambiciona más que con débiles fuerzas.

Por entendido que hablo aquí del Arte como creador de belleza, ya está dicho. No del entretenimiento palaciego; no de ese manejo indigno de frases que el bufón lírico engarza para solaz del rey o de una casta privilegiada, sino del Arte fecundador de pasiones fuertes y hermosas, que engalana el pensamiento para hacerlo llegar a la masa sufriente, al hermano que suda en las batallas del yunque, llevando a sus ojos entenebrecidos una nueva luz de gloria.

Enaltezcamos el arte; defendámosle, amémosle, ensalcémosle, ya que él basta por sí solo para dignificar y engrandecer la vida.

\* \*

¿El drama por el drama? No. El drama por la vida, entonces; es decir, el drama por la idea.

Lo demás será sólo asunto de feria; espectáculo de circo; negocio, nada más que negocio. A lo sumo, goce infecundo, placer de solitarios.

Frase más, frase menos, he dicho en uno de mis libros: El arte por la idea; la ciencia por la vida. Lo bueno es bello; lo malo es feo.

Esta definición del bien y del mal, puesta en frases musicales por Sienkiewicz en boca de Petronio, el bardo romano, se halla dentro de la ciencia y del arte.

Los sectarios de Brahma, los budistas, los sabios chinos, los israelitas, los egipcios y los estoicos griegos, como lo hace notar Tolstoi, habían ya arribado a conclusiones análogas. A pesar de ello, es hoy una novedad repetir lo que se dijo hace millares de años.

Podrá la mediocridad ambiente continuar acogiendo entre gritos y palmoteos las burbujas retóricas, los castillos de fuegos artificiales que se complacen en levantar los modernos bizantinos, los decadentes de verdad, que moverían a lástima si no se pensara en que el éxito de esas creaciones huecas, banales y frívolas, constituyen el principal alimento del placer de sus naturalezas deformadas; podrá el montón que no piensa, asistir impávido a la glorificación de los ampulosos autores de máximas falsas, de idilios tontos, fabricantes de tipos heroicos al gusto del espectador; podrán las inválidas multitudes seguir arrastrándose detrás de los expositores de cultos de patrias nefastas, devoradoras de hombres y de sectas, más criminales aún, torturadoras de conciencias; podrán todos los inconscientes del mundo rechazar, al mismo tiempo, o mirar con indiferencia la fecunda obra social de los sembradores de ideas; los bravos paladines de la verdad en marcha; los progresivos luchadores, misioneros del futuro, que, conociendo la verdadera causa de la situación desesperante en que se encuentra la mayoría de la humanidad, saben despreciar el aplauso momentáneo, para descubrir con mano sincera el telón que oculta las heridas que es

necesario curar; pero, ¡por las lanzas que han agujereado todos los cuerpos de Cristos!, llegará pronto el tiempo en que la luz sea hecha. Y entonces, de todo el fárrago de ineptias—algunas de ellas muy bien escritas o muy bien rimadas, por cierto—con que hoy se refocila una casta, el pueblo, el verdadero pueblo en actual gestación, el pueblo sabio y poeta de mañana, hará nueva pira de incendio.

\* \*

Hay que hacerse hombre para saber hablar a los hombres. Y no es manejando títeres con mayor o menor habilidad escenográfica, títeres bien vestidos, ridículos o solemnes, como se llevará a cabo obra duradera. Hay que echarse en la vida; bracear en el oleaje, con alma enérgica y músculo férreo, sin adular a minorías privilegiadas o mayorías sin criterio, para poder realizar obra de verdadero arte y de verdadera ciencia.

Dice el pensador ruso ya nombrado:

“La falsa situación que ocupan en nuestra sociedad la ciencia y el arte, demuestra solamente que los hombres que se llaman civilizados, con los sabios y los artistas al frente, forman una casta con todos los vicios inherentes a ella, sin contar que los que defienden el falso principio de la ciencia por la ciencia y el arte por el arte, vense todos obligados a demostrar que esas dos ramas de nuestra actividad son necesarias y buenas a la humanidad.”

Así, pues, para ser adeptos de la ciencia y del arte, hay que interesarse por el bien de la humanidad.

En *El ideal en el Arte*, Taine escribe al respecto en esta forma:

“El Arte sólo vive de preocupaciones grandes; lo que le rebaja es la debilidad en el sentimiento. Por lo tanto, las obras que expresan un carácter bienhechor serán superiores a las obras que expresen un carácter malhechor. Aquéllas forman parte del museo definitivo del pensamiento humano.”

Y considerando al hombre físico con las artes que le manifiestan, agrega el mismo autor que las obras serán más o menos bellas según que expresen más o menos completamente los caracteres cuya presencia constituye un beneficio para el cuerpo. Así, el arte es superior

cuando, tomando por objeto la Naturaleza, manifiesta, ya una porción profunda de su fondo mismo, ya algún momento superior de su desarrollo.

Por su parte, el bárbaro de Nietzsche, que yerra tantas veces como acierta, exclama, arrebatado, en *El crepúsculo de los ídolos*:

“El arte es el gran estímulo de la vida. ¿Cómo podría, entonces, llamársele, sin fin, sin objeto? El arte por el arte es una serpiente que se muerde la cola.”

No hay, entonces, dos caminos. La fórmula falsa se derrumba definitivamente, y en esta empresa vemos empeñados con ardor y violencia a los más altos cerebros contemporáneos.

Y no me digáis que esto sea reducir el campo del poeta, a quien hoy y siempre se ha exigido pensamiento, pese a los racios y arlequinescos orquestadores de palabras sin sentido, la legión de artificiosos inocuos, la bandada de incoloros parlanchines que pulula flotando sobre el limo dejado en la corriente del tiempo por todas las literaturas.

Escuchad estas profundas palabras de Maeterlink:

“Siempre me ha parecido que el anciano que vegeta en un sillón, sorprendiendo en las cosas que le rodean las leyes eternas de la vida, vive, en realidad, más intensamente que el amante que estrangula a su querida, que el militar que logra una victoria y que el esposo que venga su honor.”

Es ya tiempo, pues, ¡oh, apologistas de patrañas!, de cesar en la ridícula confección de himnos de gloria a esos héroes militares de invención propia y ajena. Es ya tiempo, también, ¡oh, infecundos desenterradores de muertos!, de abandonar en el olvido las sombras de los pretendidos trovadores que ni siquiera han sabido contarse solos. ¡Mirad, oh poetas épicos del día, que también vosotros parecéis cantores asalariados!

¡Qué han de hacernos llorar dolores convencionales y añejos, cuando a la vista, tan cerca de nuestros ojos, tenemos tanto dolor fresco, que simboliza pena social, florecimiento en flores rojas y prolíficas! ¡Oh, poetas, hermanos míos, lanzad las cuadrigas de vuestras estrofas en pos del dolor actual, que es el de todos; ese dolor que irrumpe a gritos de las estepas de Rusia, de las guillotinas de Francia



de los patíbulos argentinos, de las horcas de Chicago, de los muros de Montjuich, existentes en todas las latitudes y bajo todos los cielos.

Advertid que tenéis frente a vosotros, para estudiar de cerca, ejemplares de héroes cuya odisea a través del mundo, propagando el principio de un ideal gigante, encierra más poesía que todas las luchas egoístas empeñadas por czares y emperadores, caciques y presidentes de repúblicas.

Escribid en dramáticos diálogos la epopeya de la idea nueva, llevada victoriosa a través de todas las sombras proyectadas por los postes de las ejecuciones, erguidos como murallas de errores ante la verdad; cantad la gloria de luz triunfal en medio de las espesas nieblas formadas por la ignorancia y el fanatismo, y así habréis hecho obra de poetas-hombres.

Creedme: recién entonces habréis realizado el ideal del Arte.

Queremos, pues, que el artista sea hombre de ideas. El arte sin misión social podrá constituir un refocilamiento momentáneo en ciertas naturalezas incompletas, en ciertos embriones de razón; pero nunca podrá ser elemento suficiente para llenar aspiraciones grandes, verdaderamente grandes, de esas que lanzan al Mundo con el nombre de Pasiones y Amores, Heroísmos y Martirios. Es al lado de estas potentes vibraciones que debe caldearse la Psiquis del artista.

Y es así como piensa el flamante autor dramático a quien la musa roja—roja de sangre de vida, porque la sangre muerta es de color distinto—ha hablado al oído, confiándole secretos que, sin pecar de avaro, no podría guardarse para sí, y a quien, valga lo que valiere, no podría nunca negársele calor de verdad en sus concepciones y aspiraciones grandes.

\*\*\*

“Por la Verdad y la Belleza” hemos escrito en la parte más alta de nuestro estandarte, comprometiéndonos a hacerlo flamear, victorioso, sobre el Mundo.

Modernos paladines, con algo de Quijotes, si queréis, ¿por qué no?, si, como todo, el espíritu del bravo manchego evoluciona, pero no muere; disponemos de la gran fuerza inicial que nos dan nuestras convicciones profundas, sur-

gidas de un ideal tan grande, tan amplio como el Universo mismo.

Hemos entrado y nos sostenemos en la brega, a pecho y alma en descubierto. ¿Satisfacciones? Sí. Nuestros pensamientos constituyen parte de nuestra vida. Sofocados aquéllos, disminuida ésta. Es una necesidad exteriorizarse tal como se siente y piensa. Nosotros nos exteriorizamos tal como somos. De ahí nuestro placer, o sea la realización de nuestra vida. ¡Oh, envidiadnos, los que, por conveniencias mal calculadas, os sometéis al criterio ajeno, rebelándoos sólo para adentro; mordiéndoos los labios, cuya sangre absorbéis, junto con la bilis de vuestra impotencia!

Puede arrastrarse púrpura en la corte de los poderosos, sin dejar por ello de ser pordioseros del mendrugo o de la gloria. En cambio, ¡qué diferencia en saberse, en ser reyes de sí mismos; alentando como fuertes; defendiendo y salvando la integridad, fuera del manoseo de los que sólo ven en el artista un instrumento a quien, como al payaso sus cascabeles, hacen sonar a tarifa determinada, sus estrofas o cláusulas, más o menos simbolizantes, más o menos coloreadas, pero siempre sonando á esterlinas.

¡No! Si hemos de ser, si somos artistas y hombres, es perentoria nuestra marcha hacia el pueblo. Vamos a él, a confundirnos en su grandeza, que es la de todos; a templarnos en su dolor, que es el nuestro; a brillar entre sus oros—su labor—, que es la riqueza común; a bañarnos en sus lágrimas, que son nuestra amargura, vida también; a surgir, esplendentes y soberbios, de sus derrotas, que son el triunfo de la humanidad.

¡Hacia el pueblo, artistas! Es decir: ¡Hacia la Vida!

ALBERTO GHIRALDO



## La Muñeca

Drama en tres actos, por F. CARO CRESPO.  
Forma un elegante tomo de más de cien páginas.  
Precio, 1'50 ptas. Pedidos a esta Administración.

LIBRO INTERESANTE

## PIO BAROJA

Por Francisco Pina

Estudio crítico-literario de la obra y la personalidad del genial novelista. — Precio, 3 ptas.  
De venta en esta Administración.


**IDEACIONES**
**Las especies inferiores**


Hay que admirar a los naturalistas. Hay que admirar a esos benedictinos que se pasan la vida estudiando la de los pequeños seres inferiores que existen en el planeta y cuya existencia es a veces fastidiosa, molesta, nociva o mortal para la especie humana.

La zoología en general es una ciencia madre. Sus ramas son numerosas. Ahí están la ornitología, la ictiología, la entomología, la mammología, la erpetología, etcétera.

Uno de esos sabios habla de una especie de araña, la *saitis pulux*, que hace el amor a la hembra bailando ante ella en la forma más graciosa que cabe imaginar... o que cabe esperar de sus condiciones físicas, y sin un momento de descanso apenas. Otras especies de arañas imitan a ésta, cortejan al *bello sexo*—es de suponer que habrá un bello sexo arácnido—, pero con danzas diferentes.

Por donde hallamos una relación entre ese animalito de ocho ojos y ocho patas y el animal superior bípedo y *bióvido* llamado hombre. Hay bailarines incansables, que en estos tiempos de *records* de toda laya se pasan horas y días bailando, como si tuvieran ocho patas, o siquiera cuatro.

Una comunicación de Mr. Lansiaux al Instituto General Psicológico daba cuenta de observaciones muy interesantes acerca del instinto maravilloso de la araña. En una galería llena de mosquitos una araña tejó su tela próxima a una puerta, sitio apropiado para la caza de aquellos animalitos. En cambio, en otro lugar donde no había rama alguna para tender la tela, la araña fijó al extremo de un hilo colgante de la tela una piedrecita diminuta que servía de tensor. Habiéndose roto la tela al impulso de débiles corrientes de aire, la invicta *tejedora* volvió a tejerla; pero perfeccionando su trabajo para neutralizar el movimiento de la piedrecita, que fué elevada por la araña tres centímetros en el transcurso de una hora. La piedrecita

pesaba setenta y cinco centigramos, y en cambio la araña no llegaba a cinco miligramos. Resulta, pues, que el animalito levantó un peso ciento cincuenta veces superior al suyo; lo que equivaldría a que un hombre de altura regular consiguiera levantar un peso de diez mil kilos.

¡Araña atlética!

¿Quién no está enterado de la habilidad de las hormigas, de sus proezas, de su espíritu colectivista? Las hormigas *obreras* laboran y las llamadas *soldados* defienden el patrimonio común.

Lubbock afirmaba que las hormigas tienen incluso un código penal, y pudo observar un caso curioso de destierro. Abundan los rasgos de amistad, de abnegación y de justicia. Otros naturistas aseguran que esos insectos himenópteros tienen sus deportes y su gimnasia; reconocen la superioridad y el principio de autoridad. Según experimentos de la señorita Fielde, tienen, comparada con la del hombre—¡pobre animal superior sólo de boquilla!—, una resistencia formidable. No sienten el canibalismo, pueden resistir semanas y meses sin alimentación, con sólo disponer de agua. Privadas de un órgano esencial, decapitadas, subsisten durante cierto tiempo.

El espíritu de justicia es lo que más sorprende en los animales inferiores. No será una conseja lo del *código penal* descubierto por Lubbock. Un sabio ornitólogo inglés descubrió una especie de magistratura con alas, tribunales de pájaros. Y refiere algunos casos probatorios. Véanse dos de ellos.

Cruzando nuestro hombre cierto día los campos, oyó gran ruido en los árboles habitados por las cornejas. Unos cincuenta individuos parecían llenar de injurias a uno de sus semejantes. La *acusada*, en el centro del círculo, se encrespaba ante el *tribunal* en actitud altiva. Pero al cabo de algún tiempo se turbó completamente, inclinóse como pidiendo perdón. La



sentencia fué condenatoria, fué ejecutada en el acto, y se disolvió la asamblea.

Otra vez, se reemplazó con huevos de gallina los que una cigüeña tenía en su nido. Empollados por la cigüeña, cuando el macho llegó y vió salir tan campantes a dos pollitos del cascarón, asombróse grandemente. Fué en busca de algunos amigos, y juntos celebraron un conciliábulo. Obligada la madre a comparecer, fué ejecutada a picotazos sin más requirios. ¿Autor del cambio? Un animal superior, un hombre. Broma pesada que se llamó *experimento*.

Recordad a Fabre, el *poeta de los insectos*, el que durante medio siglo estudió, más que la parte científica de la entomología, su aspecto *social*, como quien dice. ¡Qué de maravillas entre ese mundo de himenópteros, coleópteros, dípteros, etcétera, que suele repugnar al hombre... El hombre, que sólo es grande cuando aprecia la grandeza de la pequeñez. El hombre, que ya no puede invocar la exclusividad de la inteligencia ante el reconocimiento de una inte-

ligencia quintaesenciada en ciertos animales mínimos. El hombre, cuya superioridad moral se atrincheraba en el corazón y... ¡ya ni eso!

Mr. Coupin nos ha referido historias magnas de adopciones extrañas; de polluelos criados por un águila, de un pollo enfermo protegido por un perro, de un pinzón adoptado por un papagayo, de una gata criando a unas ratitas, de otra gata haciendo lo propio con unos perritos abandonados... En fin, que hay ejemplos múltiples de abnegación. Yo mismo vi un caso práctico. Dos gatas tuvieron gatitos en corto intervalo de tiempo. La una era buena madre, la otra no. Había que ver a la buena madre llevar uno a uno con la boca los vástagos a la *mala madre*, para que los amamantara conforme era su deber.

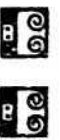
El corazón de los animales es un hecho. Las especies inferiores tienen también corazón. La superioridad del *homo sapiens* queda quebrantada.

SEBASTIAN GOMILA



Desde mi atalaya

## LOS ZÁNGANOS



En el mundo del trabajo, tanto como en el de las abejas, los zánganos constituyen legión y son un estorbo. Puede que, en un principio, tuvieran alguna utilidad. Tal vez, en uno como en otro mundo, habrán sido el factor esencial de la generación. Pero es lo cierto, que en el mejor de los casos, su razón de ser queda desvirtuada, cuando no anulada, por la indolencia de su actitud, por su natural ociosidad.

En el mundo del trabajo, los zánganos son una carga para las abejas. Estas producen, aquéllos comen. La injusticia es evidente.

Pero es evidente también, que la solución irracional, la solución terrible de las abejas, no podría nunca, humanamente, justamente, ser una solución entre los hombres.

Lo esencial no será el asesinato, será la enmienda. Aquél no pasaría de ser una vileza.

Esta, aun en el caso de reconocer al odio como promotor, será siempre, en el fondo, una cosa noble.

Además, los zánganos sufren el prejuicio de su prosapia. El legado de sus ascendientes es, para ellos, un imperativo categórico. Y es una posición de mucha comodidad.

Son indolentes por herencia, por orgullo, y sienten la necesidad de conservar sus prerrogativas. Para defenderlas llegarían a ser activos, a trabajar. Lo cual no deja de ser una chocante paradoja y trabajarían únicamente para defender su derecho a no trabajar.

Esta paradoja tiene mucho de la desconcertante ambición de la criatura humana en su persecución a la felicidad. ¡Cuántos sinsabores para alcanzar una felicidad relativa! Nos rompemos la cabeza para buscar la manera de no

rompémosla en el trabajo normal. De ahí la fiebre de los inventos y de las innovaciones y de los modernismos. Corremos jadeantes, dando vueltas a un círculo vicioso. Algo así como una enconada carrera en una pista cerrada.

Pero, cabe preguntar, ¿es que los zánganos son realmente inútiles? Porque podría existir una confusión lamentable. Es posible que no sean totalmente inútiles; que sean, sencillamente, holgazanes. Y en este caso, huelga el prurito de aniquilarlos.

Si los zánganos pueden hacer algo de provecho, si pueden producir algo, nuestro elemental egoísmo nos obligaría a no despreciarlos. Deberíamos combatir su holgazanería, puesto que su inactividad redundaría en perjuicio de los productores; pero nunca renegar de su misma existencia.

Es evidente que, si no producen siendo aptos para trabajar, su sola existencia representa un doble perjuicio para la colectividad: Perdemos lo que necesitan para subsistir, lo que comen, y perdemos lo que dejan de producir.

Tengo para mí que los zánganos no se diferencian en mucho de las abejas; que sufren solamente de su holgazanería biológica. No les faltan aptitudes, ni condiciones naturales, ni preparación para el trabajo. Les falta voluntad.

Y no sienten ambición de tenerla, porque no dejan de razonar lógicamente. Mientras les sea dable vivir a costa de los demás, no pensarán en doblegarse.

Las abejas, en su irracionalidad, llegan a la conveniencia colectiva por un procedimiento primario. Constatan la fuerza enorme de la colectividad y la emplean en un sentido bárbaro. Cuando los zánganos han llenado su función genitora, los matan.

Pero, por otra parte, su misma barbarie las lleva a la idolatría. Y mientras destruyen su origen al aniquilar a los zánganos, mantienen devotamente a una aristocracia; pequeña, pero altísima, exigente.

Por descontado que los hombres deben obrar como seres racionales, que no deben usar de procedimientos primarios ni emplear su fuerza bárbaramente. Luego, reconociendo la potencia enorme de la colectividad, deben emplearla positivamente. Y no caer en el pecado de idolatría.

**A combatir la ociosidad de los zánganos**

sociales se encaminan todas las doctrinas colectivistas. Hasta las máximas cristianas preconizaron, desde antiguo, la necesidad del trabajo. Los procedimientos son distintos y, algunas veces, opuestos entre sí. Pero, la justicia resplandece en todos los postulados.

Lo desconcertante es lo que tiene de quimérico el ideal que admitimos como justo. Si hemos convenido que la holgazanería es pernicioso, si perseguimos la desaparición de la plaga y nos esforzamos para lograr la efectividad de la máxima vulgar "quien no trabaja no come", ¿para qué pelearnos discutiendo la mayor o menor bondad de los procedimientos?

Humanamente, justamente, no podemos adoptar procedimientos bárbaros. Y si los zánganos han sido, de hecho, el motor de la generación, reconozcamos su derecho a la vida. Dejemos para las abejas la práctica primaria del exterminio.

Además, aun cuando aceptáramos que los zánganos hubieran sido inútiles siempre, no podríamos rehuir nuestra obligación de tratarles como a seres vivientes, o sencillamente, como a vecinos de nuestra mansión terrena.

Lo elemental, lo justo, no será la matanza de los zánganos, sino el exterminio de la holgazanería.

Nuestro deber de hombres no está en el asesinato, está en la enmienda.

Obtener que los zánganos sean realmente hombres y que trabajen como todos. He aquí, sencillamente, nuestra obligación.

JOSE M. VILÁ



UNA OBRA SENSACIONAL

## Historia del movimiento machnovista (1918-1921)

por Pedro Archinoff

Relato emocionante, ameno e interesantísimo. Exposición concreta e imparcial de los hechos de este movimiento que conmovió al mundo ideológico. Libro utilísimo por las enseñanzas que de él se obtienen. Indispensable en toda biblioteca.—Un tomo de 320 páginas, con retrato de Néstor Machno.—Traducción de Volín y D. A. de Santillán.—Prólogo de Volín.—Precio, 4 pesetas.





# El alma del reloj





( Cuento misterioso )






Sentadas en cómodos sillones en una sala de su espaciosa mansión, hállanse sentadas la señora de Arlos y su hija.

De pronto la muchacha exclama:

—Toma, el reloj se ha parado. Voy a darle cuerda. Me gusta tanto su voz.

Pero la mamá, con gesto seco como la materia y con palabra autoritaria le dice:

—Hazme el favor de dejar tranquilo este reloj. Tu padre tiene prohibido que nadie lo toque. ¿Cuántas veces tendré que repetirte, Luciana, que me gustaría oírte hablar de una forma más razonable y precisa? Nada me irrita tanto como esta locura de personificar las cosas. Quien tiene voz eres tú, hija mía; el reloj sólo produce sonidos.

Un cuarto de hora más tarde, en otra parte de la casa, la señora de Arlos camina, majestuosa, haciendo tintinear su manojito de llaves. Va reprochando a algunos criados ciertas deficiencias. Parece que el servicio se hace sin precisión, que le falta lo que a su hija.

Mientras tanto, Luciana vuelve solapadamente a la sala de su padre. Entra en ella, temblorosa, como llamada allí por una amiga con quien su madre le hubiese prohibido jugar. Aquella muchacha de quince años, cuyas palabras no tienen precisión, se pone a hablar con el reloj. Con aquella amiga de quien la apartan, a la que calumnian, y a quien ella prodiga extrañas alabanzas y cálidos consuelos.

—Sí, tienes una voz, una voz más personal que el timbre de mamá, altivo, seguro de sí mismo, banal como el reloj de la alcaldía. Tú, tú tienes voz de muchacha.

Pasados unos momentos de reflexión añade:

—Mi voz no, no tienes mi voz. Tienes la de una compañera que fuera muy grande, y que fuese morena.

Vacila un poco:

—¿Morena?... ¿Es cierto que sea una voz de morena?...

Y entristeciéndose un poco dice, bajito:

—No recuerdo suficientemente. No encuentro netamente tu voz.

Dicho esto da algunas vueltas a la llave, y hace mover el péndulo. Al hacer esto la ingenua muchacha se emociona.

—¡Tu voz!—dice—este delicioso murmullo es tu voz.

Mientras que el péndulo murmura, Luciana se entretiene parodiando su ritmo:

—¡Siempre! ¡nunca! ¡siempre! ¡nunca!

Su dedo acaricia la aguja grande y le hace dar vueltas. Cuando por fin el reloj había alto, Luciana le escucha con un placer desgarrado por una especie de vértigo y a la vez, por no sabe qué indefinida nostalgia. Luego medita, soñadora:

—Tengo aún la voz de niña. Tú, amiga, tienes una voz noble de mujer, sonora, amplia, y armoniosamente vibrante... Parece que expliques, voz profunda, grito ahogado, una trágica pasión.

Mas al llegar aquí, la niña se sonríe.

—Estoy pensando en cosas que no comprendo. Mi espíritu proyecta palabras que son fantasmas y sombras, palabras que no están sostenidas en mí por ningún pensamiento.

Y dirigiéndose al reloj, le pregunta:

—¿Acaso eres tú quien piensa en mí?

¿Tiene la niña miedo de una verdad? ¿Se asusta de la locura? Al mismo tiempo que retrocede inicia el gesto de rechazo. Para calmarse, explica, razonable y sutil:

—Pueden saberse también las cosas que no se saben. ¡Se parecen tanto a las cosas que sabemos! Se reconoce, al primer encuentro, al hermano mayor, serio y bronceado, del pequeño niño rubio cuyas sonrisas y pálidos bucles nos gusta contemplar. Ya que la palabra "ternura" resume tantos de mis sueños, ¿cómo no podría yo dar algún sentido a la palabra pasión?

Estremecida por una delicia, temblorosa de

terror, hace sonar de nuevo el reloj. Con profunda voz que ella se desconocía, acompaña los sonidos graves. Y suelta algunas palabras que no las ha pensado y que ignora a quién las dirige.

Las palabras soltadas por la niña mientras daban las horas en el reloj eran éstas:

—Te amo siempre.

Asustada, quiere huir. Pero antes debe volver a dejar las cosas en su sitio, suprimir toda huella de su desobediencia. Pero, mientras coloca la llave en su lugar, sus dedos rozan un papel, que cae al suelo. Lo coge y—¿tienen la culpa sus dedos?—se encuentra con el papel desplegado en sus manos. ¿Son sus ojos los que van hacia la escritura o es ésta la que se impone a sus ojos? Su nueva voz, llena y apasionada, lee:

“Soy demasiado joven para hacer un testamento. No puedo disponer de nada, puesto que nada me pertenece. Sin embargo, hay una persona a quien quiero dejar un recuerdo. Suplico a mis padres que den mi reloj de pared al señor de Arlos. Ruego al señor de Arlos que tenga la bondad de guardarlo siempre en recuerdo mío.—*Bernarda de Bussol.*”

...Luciana, extendida sobre el canapé, piensa en Bernarda de Bussol. La noche va cerniendo su manto de brumas. Y la niña ve mentalmente a su padre y a Bernarda en distintos lugares, en actitudes diferentes: primero se pasean por un parque; luego, sentados en un banco, se arriman uno con otro; se hablan o se abrazan, temblorosos y vigilantes, en un cuarto. Ella oye sus palabras. Algunas de éstas las dice antes de oírlas. En este momento la niña es doble, como cuando nos encontramos a nosotros mismos en la memoria. Ella es aquella Bernarda que juega tan importante papel en el drama y ella misma es alguien que ve a Bernarda. Los cuadros van sucediéndose, inquietantes por su lejana realidad. Ni vagos, ni flotantes, ni ahuyentados por otros, como cuando nos los imaginamos o cuando diferentes fantasías luchan por la vida y por la luz. La mirada va disipando poco a poco la bruma del tiempo; los recuerdos van afirmándose cada vez más vencedores. Se suceden en un orden vivo, se explican uno a otro, unidos entre sí por un fondo de vida banal. Nítidamente crecientes, estas visiones hablan como si explicaran el pasado de Luciana. Y

dicen cosas desconocidas, de las cuales muchas no fueron nunca soñadas en las más audaces meditaciones de Luciana: el amor, lazos de eternidad, besos apasionados y fogosos, un abandono, una enfermedad de languidez, y la muerte lejos del bien amado infiel.

Bruscamente el reloj cumple con su deber, y después de un ligero preámbulo, da horas, advierte que el presente va unido con el pasado. Sobresalto de Luciana.

—¡El reloj me ha robado la voz!

Estas palabras de espanto las ha pronunciado en voz alta, casi gritando. En una creciente angustia, las repite lentamente y añade otras:

—Es verdad, ya no tengo ni voz. Tengo la que tenía antes el reloj. Ya no hay en mí aquella dulzura, aquella timidez ni ternura. Sale ahora de mis labios una voz tórrida que parece contener asperezas y violencias.

Vase, con la cabeza baja, sin gestos, como abatida de locura.

—Soy presa de alguien—murmura marchándose.

Luego ya no se atreve a hablar; tiene miedo de oír su voz. Evita todo encuentro; no quiere tener que hacerse oír. Huye los espejos como los ojos; tiene miedo de ser vista y de verse.

—Mi cara debe ser horrorosa como mi acento.

...El papá llega de viaje. Entra y abraza a Luciana, que se estremece como llama feroz bajo la caricia paterna. Después de esta primera caricia, las manos del papá apartan un poco a la niña y la mira con estupor.

—¡Qué extraordinario!—exclama él—. Cuánto has crecido y cuán morena te has puesto en ocho días... ¿No quieres continuar siendo morena?

Ella balbucea:

—No lo sé.

Y se sonríe, filial y tímida. Luego retrocede como un animal que quiere, quizá huir, quizá saltar sobre la presa; y pronuncia palabras por ella ignoradas, que conocerá sólo después de haberlas oído. ¿La voz que sale de sus labios, contenida, es voz de miedo o de amenaza?

—Trato—dice ella—de ser otra.

Al decir esto le sacude un estremecimiento. Para sus ojos actuales su padre tiene sólo veinte años. Le han desaparecido las arrugas. Los cabellos que eran antes blancos, son ahora



rubios. De un rubio conocido. La cara, la mirada, el andar, todo tiene una juventud que agita en Luciana turbaciones e indefinibles emociones.

Cuando el papá se marcha, ella le sigue de lejos, atraída y arrastrada tras de él por un lazo nuevo... no por un lazo antiguo... no por un lazo de demencia.

Desprecio, siente desprecio hacia aquél que siempre admiró. Desprecio doloroso en el que se mezcla una dolorosa afección, en el que hay —es preciso confesar la palabra terrible— amor.

Y piensa, inundada su faz de lágrimas:

—Decididamente, no cabe duda de que soy otra.

Sacudiéndose con bruscos movimientos, añade:

—¿No me despertaré nunca?... Esta pesadilla me mata.

De pronto escucha. Oye como su padre se habla a sí mismo. Con acento de extrañeza y temor dice:

—¡Cuánto se parece a ella!

Estas palabras remueven en Luciana demasiadas cosas inciertas y se desmaya.

Por la noche, temblando ante el frío del misterio, el señor de Arlos escucha dar las horas. Luego murmura:

—Juré guardar siempre este reloj cerca de mí y no dejarlo para nunca, desde aquella vez

que casi me volvió loco... Ahora me parece que ha cogido la voz de Luciana. Y me parece también que mi hija ha cambiado la suya por la de Bernarda.

\* \*

Luciana está enferma. Su fiebre es cada día más intensa. El papá la mira largamente. Dícele —y en cada palabra hay una súplica desesperada:

—¿Por qué haces otra cara? Eras tan bonita. Pero ella, que quizá delira:

—Bonita puede decirse a las muchachas. Pero una mujer debe ser hermosa, si quiere ser amada, o por lo menos, deseada.

El médico hace un movimiento de desconfianza. Luciana lo sorprende.

—¡Oh! —dice— ya lo sé. El arquitecto que continúa la casa es demasiado ambicioso. No tiene en cuenta los cálculos del que le precedió. Todo va a derrumbarse: los cimientos son demasiado débiles para soportar el peso de la noble edificación que se quiere hacer encima.

Luego se levanta bruscamente, despeinada, con los ojos dilatados, antes de exhalar el último suspiro. Y grita:

—Padre, padre, mi cuerpo no es bastante fuerte para resistir el alma del reloj.

HAN RYNER

Traducción, ELIZALDE.

**Se ha puesto a la venta**

# **Camino de Perfección**

**Por CARLOS BRANDT**

Se trata de un valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor.—Precio, 2 pesetas.—Pedidos a esta Administración.




**Divulgaciones científicas**

**Cómo utilizar la mar**

La mar no solamente está destinada a servir de decoración en los espectáculos de moda, un horizonte ante las salas de los casinos, de los palacios y los dancings. La playa no es solamente una extensión de arena limitada por diques o un lugar donde a determinadas horas resulta placentero el estar. La mar no está limitada por las dos cuerdas de un establecimiento de baños, donde la elegancia viene a exhibirse en momentos fijados por los potentados mundanos.

En la playa, los niños juegan, remueven la arena, chapucean en traje de baño. Los adultos, guarecidos en las tiendas, reposados en sillones, charlan, leen, comentan y muchos de entre ellos se aburren también con seguridad.

Pero la mar es digna de otras usanzas. La mar es una de las fuerzas de la naturaleza, cuya acción se deja sentir con su máxima intensidad sobre las playas. Estas representan el lugar donde la lucha de las fuerzas físicas de los elementos adquiere su mayor pujanza. En otras ocasiones hemos llegado a demostrar, que el organismo humano era mucho más maleable que cuanto se creía y que la mar poseía todas las cualidades físicas propicias para dar firmeza, ánimo, reorganización y juventud al organismo humano. Pero hace falta saber también utilizarla, y verdaderamente, no es con el género de vida que los mundanos hacen en las playas como se puede aprovechar, muy al contrario.

Hay mucho a poder decir aquí sobre la cuestión, pero nos atendremos nada más que al interés que puede tener para las gentes sanas, pues tratándose de enfermos, necesariamente hay que especificar el tratamiento adecuado a las necesidades personales.

¿Cómo, pues, debe observarse una estancia al borde de la mar para que sea útil y beneficioso para la salud?

La permanencia en las playas no se debe

considerar como cosa indiferente por todos aquellos que con mucha lógica saben cuidar de su preciosa persona. ¿Qué es lo que hace el bañista al llegar a ellas? De ordinario suele reclamar una quinta o unas habitaciones con "vistas a la mar".

Ese es el primer error; bruscamente transportado de su ambiente confinado en las grandes ciudades a otro de otra naturaleza, la reacción es demasiado brusca.

Algunos malestares, insomnios, agitación, fatiga, depresión, etc., son los resultantes propios de su imprudencia. Antes que nada, es necesario habituarse; luego hay que considerar que existe un primer período, o período de adaptación. Tiene que ser poco a poco como el bañista se podrá aprovechar del elemento activo, o sea que la playa debe frecuentarla metódicamente. Al cabo de 10 o 15 días, terminará por poder pasar en ella la mayor parte del día. Entonces empieza un segundo período o período de acción; los malestares desaparecen y el sujeto, aclimatado, puede soportar el contacto prolongado de la mar; pero no hay que creer que va a transformarse inmediatamente. Al principio, la desasimilación será superior a la asimilación; el sujeto adelgazará y sus fuerzas, en vez de aumentar parecerán disminuir. Terminada en este momento la estancia en las orillas del mar, la consecuencia puede ser más bien funesta que bienhechora, pues el organismo se halla en completo estado de depuración. Pero al cabo de 10 o 15 días más, éste reacciona y sólo entonces es cuando empieza a aprovechar de una forma completa los beneficios de la influencia marítima; los fenómenos de asimilación estimulados por esta clase de purga, le dominan; las fuerzas renacen, se acrecientan, y el bienestar llega a ser más perfecto. En el tercer período o período de reacción, es cuando el organismo utiliza mejor las fuerzas del mar, que se encuentran a su disposición. Esta serie de



progresos se continúa durante varios meses, y aunque al principio son rápidos, terminan por moderarse, tendiendo a establecer el equilibrio en la persona. El cuarto período es el período de la estabilización.

Quedan, pues, divididos en cuatro períodos las fases por las que el organismo humano tiene que pasar cuando se pone en presencia de un ambiente nuevo y elemento de vida como la mar: 1.º, Período de Adaptación; 2.º, Período de Acción; 3.º Período de Reacción; 4.º, Período de Estabilización.

Bien entendido, que aquí damos esta división un poco nueva, como absolutamente esquemática, pero expresa bien los resultados de nuestras observaciones personales. Hay una cosa esencial en estas declaraciones, que no conviene olvidar: para que la permanencia en las costas sea realmente provechosa para la salud, dicha permanencia debe ser lo bastante larga para que se noten los efectos. Un solo mes resulta insuficiente; se precisan varios meses.

De antemano, no es posible precisar a nadie la duración de cada período ni la totalidad de ellos; el coeficiente personal juega aquí un papel preponderante. En conclusión, pues, se debe observar una atención constante y recurrir a los consejos de aquellos a quienes un estudio serio del factor mar y una larga experiencia, poseen reconocida instrucción.

La mar es una fuerza (ante todo una fuerza física), de una actividad mucho mayor que muchos la creen y que no saben utilizarla. Como todas las fuerzas activas, puede llegar a ser también peligrosa; se la puede emplear muy ampliamente, muy atrevidamente; por eso no excluye ni la vigilancia ni la prudencia, pues al contrario, las reclama.

No hay que olvidar que la mar es de reciente descubrimiento. Los antiguos, que como dijo uno de nuestros más célebres fisiólogos modernos, el profesor Richet, son nuestros maestros en todo, conocían el empleo y el uso de los baños de sol y se encuentran en Herodoto detalles muy interesantes sobre el particular. Pero durante algunos siglos se consideró la mar como una enemiga, y los primeros que osaron, hace unos cincuenta años, sumergirse en el Océano, fueron mirados como a energúmenos.

Fué una pobre mujer de Berck, quien antes

que los médicos constató los buenos efectos de la proximidad del mar en los niños que la asistencia pública le había confiado a su guarda. Después, encontramos en el gran historiador Michelet, que sobre todo fué un poeta y como muchos poetas, un precursor, su hermoso libro *La Mar*, tan pleno de grandes enseñanzas, hoy demasiado olvidadas por el público. Llegamos por fin a los tiempos presentes, en que por efecto de los medios de comunicación, la mar ha llegado a ser de vez en más accesible para todos.

Pero los progresos que hay aún por hacer son enormes. ¿De qué se trata pues? De todas partes y en todos los dominios, la ciencia moderna busca el captar las fuerzas de la naturaleza; aprovéchense los ríos para la producción de la energía, de más en más se trata de poder utilizar para los mismos fines industriales las colosales fuerzas e inempleadas de las olas. Se estiman en dos mil caballos por cada cien metros de costa, la fuerza que se podría recoger; este problema, muy estudiado, empieza ya a obtener soluciones.

Así, pues, infinitamente más importante resulta el aprovechar las fuerzas de salud que ahí residen sin empleo. Es mucho más importante y más sencillo. No se precisan penosos y costosos trabajos preparatorios, no hay necesidad de gastar fortunas enormes; y sin embargo, raros son quienes piensan positivamente en estas realizaciones. Los algunos varios adeptos de la mar, son aún muy escasos; los establecimientos privados organizados verdaderamente para estos fines, raros también; en cuanto a los establecimientos públicos, y aquí las municipalidades de las estaciones balnearias por razones de utilidad social debieran interesarse, no existen.

Para ofrecerse a la cultura física y utilizar con su máximo efecto el poder que la mar pone gratuitamente a nuestra disposición para nuestra salud, es necesario otra cosa que la simple permanencia en las playas, aun cuando fuese indefinida; hace falta una organización, un programa y una dirección competente.

DR. PATHAULT

---

Advertimos a los colaboradores espontáneos, que no se devuelven los originales, publíquense o no, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.



## Algo sobre Gimnasia

**Generalidades.**—El ejercicio físico es indispensable para la conservación de la normalidad funcional del organismo. Es una necesidad natural para el hombre, como para todos los seres animales; pero si bien éstos lo practican por instinto y el hombre de pasadas edades lo hacía por precisión (defensa, captación de alimentos, etc.), el hombre actual lo desestima y descuida en no pocas ocasiones, bien por indolencia, bien por la índole más bien sedentaria de la mayoría de sus ocupaciones, por la abundancia de medios de locomoción y de recursos de toda índole con que la civilización reemplaza el humano esfuerzo corporal.

En las épocas primievas, el hombre, para procurarse alimento, para preparar el mismo, para defenderse de las asechanzas del clima, de otros hombres o de las fieras, en las faenas agrícolas, que ocupaban gran parte de sus actividades, en la construcción de viviendas, en la caza y en tantas ocasiones más, no tenía más remedio que ejercitarse diariamente. Es más, la ausencia de medios de locomoción de entonces, de artificios para captar su alimento, de recursos para surcar los ríos, etc., le forzaban a emplearse a fondo andando, corriendo, trepando, nadando, etc., y por ende a hacer una gimnasia general completísima que además tenía como superior condición la espontaneidad.

En el presente, a cambio de otras muchas ventajas, las comodidades de la civilización han hecho que el hombre sea en exceso sedentario y ejercite harto deficientemente su sistema muscular y su organismo todo. Esto es un error y un mal, origen de muchas alteraciones orgánicas. De acuerdo con las leyes de la mecanomorfosis, todo órgano que no funciona se atrofia y sus funciones pierden intensidad y hasta pueden perderse, y dado el admirable equilibrio existente entre todas y cada una de las partes del sistema orgánico, el cuerpo todo habrá de resentirse un tanto al fin. Sin actividad muscular no hay nutrición general buena, ni aprovechamiento nutricional normal, ni eliminación de dese-

chos suficiente, ni respiración completa. El sedentarismo, la falta de actividad del cuerpo acabará por resentir siempre las funciones de la vida vegetativa, que el ejercicio activa, estimula y regulariza, y hasta el funcionalismo mental o cerebral decaerá a la larga notoriamente. Ya lo sabían bien los griegos que no descuidaban hermanar al lado del cultivo de la mente, en bibliotecas e instituciones pedagógicas, el del cuerpo, en aquellos admirables gimnasios y stadiums de la antigüedad, de donde salieron no sólo admirables prototipos, ya no igualados de física perfección, sino también mentes y cerebros privilegiados, sabios, filósofos y científicos eminentes.

Todas las funciones orgánicas son beneficiosamente influenciadas por el ejercicio físico. La fuerza muscular aumenta; la capacidad de los pulmones crece; la respiración es, por ende, más completa y profunda, y, como consecuencia, la hematosi u oxigenación de la sangre se cumple mejor; la digestión y la nutrición, en general, se activan; se asimila mejor, y se elimina mejor los desechos del metabolismo celular; el sistema nervioso se beneficia grandemente, se disciplina y educa; la piel se hace suave, elástica y resistente; los sentidos se cultivan; hasta la voluntad se reafirma, y el individuo adquiere, poco a poco, con la autonoción de su propia fuerza y salud, una admirable sensación de confianza y de seguridad de éxito en sus empresas.

En todas las edades, después de la primera infancia, es conveniente el ejercicio, y por igual favorece al hombre y a la mujer, al artesano y al intelectual. El obrero manual rara vez ejercita más que una cierta parte de sus músculos, y aun éstos deficientemente; el deportista precisa fortalecerse científicamente; el hombre de vida sedentaria necesita ejercicio que compense las largas horas de quietud; el intelectual lo ha menester para equilibrar la actividad de su cerebro; el niño debe reforzar su esqueleto y hacer pulmones y corazón; el hombre madu-



ro dar elasticidad a sus músculos; la mujer fortalecer su organismo, que tantas causas de desgaste y trabajo ha de sufrir. Así, todos hallarán un beneficio en los ejercicios gimnásticos, debidamente practicados.

## CLASES DE GIMNASIA

*La mejor gimnasia será siempre la que sea más natural y espontánea y la que, a la armonía de sus movimientos, sume cierta belleza.* No es ni será nunca bello un hércules de feria, al lado del cuerpo de aquellas formas perfectísimas, sublime y armónico conjunto de fuerza, ligereza y línea impecable, que, como el "Apolo" del Bellvedere, el "Discóbolo" de Miron, el "Doríforo" de Policleto, el "Mercurio" y tantos otros prototipos de física perfección crearan los griegos. La gimnasia ha de tener, más que una finalidad de pura fuerza, una idea de armonía y de belleza; por ello nos parece muy superior la gimnasia sueca a la francesa o a los ejercicios atléticos.

**Gimnasia atlética.**—Es la que se practica con toda clase de artificios: pesas, mazas, trapecios, anillas, barras, etcétera. Su fin es, en general, hacer *muy* fuerte al individuo, pero casi nunca de una manera armónica.

**Gimnasia deportiva.**—Algunos deportes, la natación, sobre todo, son excelentes ejercicios, si se practican debidamente.

**Gimnasia militar.**—Nos parece incompleta, por el fin poco humano que entraña (adiestramiento del hombre para la guerra). Falta la belleza de la finalidad, que, en este caso, humanamente hablando, es cruel.

**Gimnasia médica.**—Es la que se utiliza, junto con otros recursos de la Kinesiterapia, y bajo la dirección facultativa, para modificar ciertas anormalidades o deformidades del cuerpo. Su dirección incumbe al médico.

**Gimnasia sueca.**—Es, a nuestro juicio, la mejor. Dentro de la gran variedad de métodos, todos coinciden en no emplear aparatos y sí solamente movimientos espontáneos, y su finalidad es desarrollar armónicamente (sin excesos ni pléoras atléticas) el cuerpo, dándole fuerza, elasticidad, ligereza y línea. La gimnasia sueca de Ling, es general, progresiva y completa.

**Normas generales para practicar bien los ejercicios gimnásticos y que rindan**

**toda su eficacia.**—1.<sup>a</sup> Toda gimnasia debe ser, si es posible, practicada al aire libre y en ambientes puros; en el campo o la playa, donde se respira aire sano.

2.<sup>a</sup> Los ejercicios deberán practicarse con la menos ropa que se pueda, y, a ser factible, desnudo el cuerpo, al sol o a la sombra, según época del año y grado de acostumbramiento de la piel. De todas formas, se evitarán siempre corsés, cinturones, y demás cosas que opriman el cuerpo.

3.<sup>a</sup> En todos los ejercicios se procederá metódicamente de lo sencillito a lo complicado, de lo fácil a lo difícil, de los movimientos de menor esfuerzo a los más fatigosos.

4.<sup>a</sup> No debe llegarse jamás a la fatiga dolorosa o a la extenuación. Las agujetas son un síntoma de intoxicación muscular y general. Es necesario graduar suavemente el número o intensidad de los ejercicios y su duración, en función de la capacidad y condiciones orgánicas de cada individuo.

5.<sup>a</sup> La mejor hora de la gimnasia es por la mañana, pero no en ayunas, sino a media mañana dos o tres horas después de un desayuno ligero, dejando luego transcurrir una hora poco más o menos para la comida de medio día.

6.<sup>a</sup> Deben evitarse los esfuerzos. Todo ejercicio que acelere demasiado el ritmo cardíaco o las respiraciones, u obligue a abrir la boca porque resulte insuficiente la respiración nasal, es que ha rebasado los límites, lo fisiológico y conveniente. Los excesos no fortalecen, enervan.

7.<sup>a</sup> Cada ejercicio debe ser practicado **CONSCIENTEMENTE** y con toda atención. Esto es muy importante. Los movimientos deben ser no negligentes y como abandonados, sino enérgicos y precisos, firmes y conscientes.

8.<sup>a</sup> Todo método gimnástico, y dentro de cualquiera de ellos cada lección o sesión de gimnasia, deberá ser completo, es decir, que se procurará que trabajen por igual **TODOS** los músculos del cuerpo, so pena de no ser así, de determinar desarrollos inarmónicos y desproporcionados.

9.<sup>a</sup> No debe olvidarse que no lo son todo los músculos. Hay que contar también y primero que todo, con la capacidad pulmonar y con la resistencia del corazón.

10. El cultivo de la piel es indispensable como complemento de toda gimnasia.

11. Piénsese siempre, durante la ejecución de una serie de ejercicios, en su finalidad, y búsquese ésta verdaderamente, pensando que no debe ser otra que la salud, la fuerza, la belleza y la alegría.

12. No debe olvidarse que la única alimentación higiénica, sana, natural y perfecta para el hombre es la vegetariana.

**Ejemplo de una lección de gimnasia casera.**—*Principales ejercicios de gimnástica sueca.*—No tengo la pretensión de incluir todos los movimientos (ni aun siquiera la mitad de ellos) de los que según diversas escuelas o métodos afines a la técnica de Ling, se han reconocido. Para ello sería preciso dar a este capítulo proporciones de libro, y ya hay tratados magníficos de gimnasia sueca, pura y combinada con hidroterapia, etc., a los que remitimos al lector que desee una más amplia información. Daremos aquí, sólo a título de norma o ejemplo, a manera de orientación, algunos ejercicios que practicados TODOS cada día cierto número de veces constituyen en conjunto una lección o sesión de gimnasia bastante completa.

### EJERCICIOS

*Posición de reposo* (figura 1.a)—El cuerpo derecho, bien erguido, el pecho fuera, las pier-

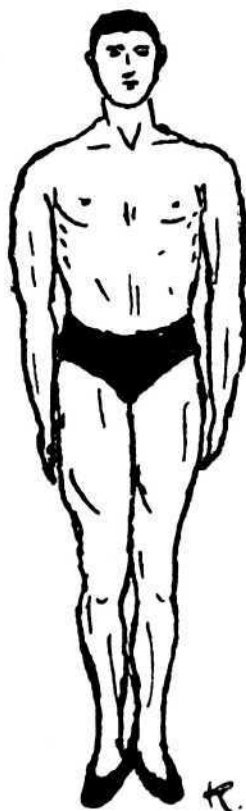


Figura 1.ª

nas juntas, recta la cabeza, los hombros bien atrás, los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Esta posición inicial de reposo es la de firmes de la instrucción militar, pero sin excesiva rigidez.

*Ejercicio núm. 1* (figura 2.a)—Colocar los brazos en cruz, bien horizontales, las manos abiertas totalmente y las palmas hacia arriba. Doblarlos lentamente al tiempo de ir cerrando cada vez con más fuerza las manos para que al llegar éstas a la altura de los hombros (entretanto el brazo deberá seguir horizontal) estén los puños violentamente contraídos o cerrados.



Figura 2.ª

Aflojar o abrir las manos y enderezar las muñecas (que estarían dobladas hacia el antebrazo) poco a poco para volver a la posición primera, es decir, brazos en cruz y manos abiertas con las palmas hacia arriba. El estado de contracción debe ser general en el brazo, antebrazo y hombro al llegar a la segunda posición, para volver a la inicial de brazos en cruz y manos abiertas. Este ejercicio hace trabajar los músculos del brazo y antebrazo sobre todo, y secundariamente los de los hombros y parte alta del pecho y espalda.

*Ejercicio núm. 2* (figura 3.a).—Partiendo de la posición de firmes o de reposo, subir los

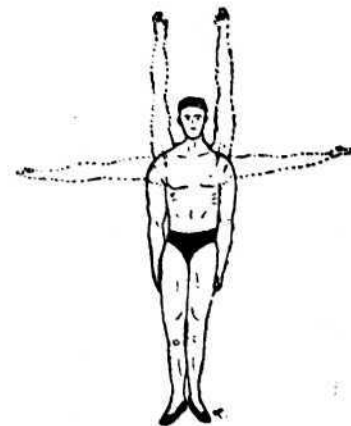


Figura 3.ª

brazos bien rectos, sin doblarlos por el codo, y bien por delante del cuerpo, hasta colocarlos arriba lo más verticalmente posible (cuidar no doblar los codos en este momento). Una vez arriba, detenerse un momento para bajar los brazos hasta quedar horizontales (las palmas ha-



cin arriba). Nueva pequeña pausa. Se giran entonces las manos hasta poner las palmas abajo, y se vuelven suavemente a la posición inicial. Este ejercicio cultiva los músculos del hombro, parte superior del pecho, dorsales e intercostales, y ensancha la caja torácica por arriba.

*Ejercicio núm. 3* (figura 4.<sup>a</sup>).—Partiendo de la posición inicial, pero con las manos en las caderas (busto y cabeza bien erguidos), levantar la pierna de un lado, doblada por la rodilla, hasta poner el muslo en ángulo recto con el cuerpo (pausa), y en seguida estirar la pierna

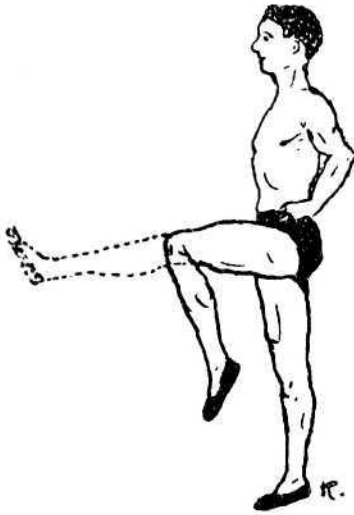


Figura 4.<sup>a</sup>

hasta colocarla en línea con el muslo, *sin perder, si es posible, el ángulo recto que debe formar con el cuerpo*. Alternar una pierna con la otra. Este movimiento actúa sobre los músculos de la pierna y muslo, sobre todo (extensores), y secundariamente, sobre algunos de la pared abdominal.

*Ejercicio núm. 4* (figura 5.<sup>a</sup>).—Partiendo de la

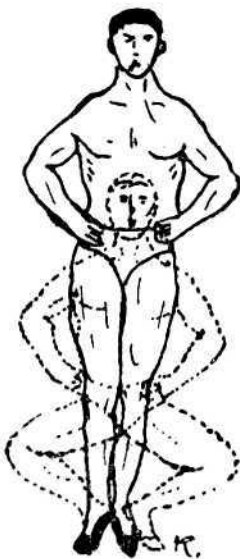


Figura 5.<sup>a</sup>

misma postura que para el anterior, hacer una flexión de ambas piernas hasta quedar casi sen-

tado en los talones (el busto y cabeza siempre rectos) y luego levantarse suavemente hasta recobrar la posición primitiva. Este ejercicio desarrolla los músculos de la pierna y muslo (sobre todo los extensores de éste) y también otros de la pelvis:

*Ejercicio núm. 5* (figura 6.<sup>a</sup>).—El sujeto debe echarse sobre el suelo en una alfombra o este-



Figura 6.<sup>a</sup>

rilla. El cuerpo bien horizontal y el pecho saliente. Las manos a los lados del cuerpo. Una vez en esta forma, elevar ambas piernas *sin doblarlas por la rodilla*, hasta ponerlas en ángulo recto con el cuerpo si es posible, en cuya posición deberán moverse los pies jugándolos por la articulación del tobillo. Otra variante es una vez arriba las piernas, abrirlas cuanto sea posible, volviendo a cerrarlas, tras de lo cual, lentamente, se bajan de nuevo al suelo. Este ejercicio (bastante fuerte), hace trabajar los músculos abdominales sobre todo, los costales inferiores y los de las piernas secundariamente.

*Ejercicio núm. 6* (figura 7.<sup>a</sup>).—Colocarse

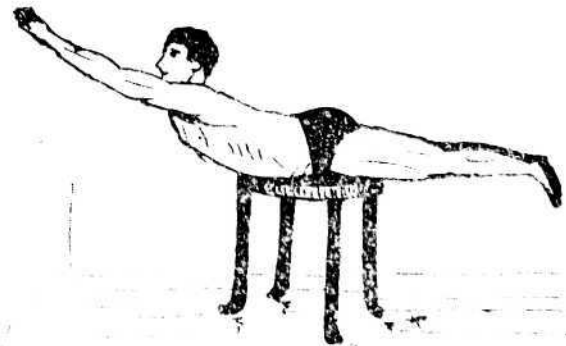
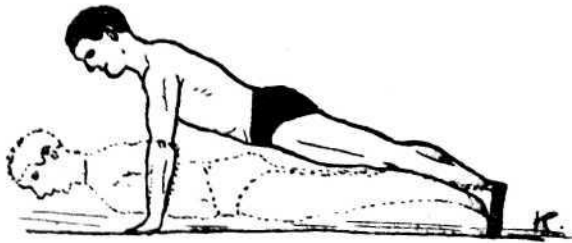


Figura 7.<sup>a</sup>

como indica la figura, con el abdomen apoyado en una banqueta y en esta forma hacer movimientos de natación, procurando siempre *mantener la cabeza bien alta*. Este ejercicio (fuerte también), desarrolla todos los músculos extensores del tronco, columna vertebral y los posteriores del cuello, y secundariamente, los de brazos y piernas.

*Ejercicio núm. 7* (figura 8.<sup>a</sup>).—Tenderse boca

abajo en el suelo sobre una alfombra, doblando los brazos en ángulo recto y apoyando las palmas en el suelo. En esta forma *elevant el cuerpo bien derecho* (sin doblarlo por la cintura hasta tomar la otra posición, en que quedarán los brazos extendidos y el cuerpo apoyado en las manos y las puntas de los pies. En esta postura, se puede, como variante, cargar el peso del cuerpo sobre una mano, levantando la otra del suelo y girando un cuarto de vuelta

Figura 8.<sup>a</sup>

hasta quedar completamente de costado el cuerpo, apoyado sobre el lado de los pies y la mano correspondiente, y en esta forma, arquear lateralmente el cuerpo doblándolo por la cintura; volver a la segunda posición, cambiar de mano, para hacer lo mismo sobre la mano y costado opuestos, y, finalmente, recuperar la postura primitiva. Este ejercicio (fuerte), cultiva sobre todo los músculos extensores del brazo, el hombro y los dorsales superiores y también los del tronco e intercostales (con la variante indicada).

*Ejercicio núm. 8* (figura 9.<sup>a</sup>).—Puestos boca abajo en el suelo con las manos en la cintura y la cabeza bien erguida, incorporar el tronco cuanto sea posible, para volver a la posición

Figura 9.<sup>a</sup>

primera. Este movimiento hace trabajar los músculos de la columna vertebral y todos los del tronco (dorsales y lumbares posteriores).

*Ejercicio núm. 9* (figura 10).—Colocarse bien derecho, las piernas ligeramente abiertas, el pecho saliente, la cabeza alta, las manos en la nuca, y la cara al frente. Ejecutar primero un giro de un cuarto de vuelta a un lado, hasta quedarse con el pecho y la cara mirando a un costado; en seguida, doblarse por la cintura

hacia atrás cuanto sea posible, sacando bien el pecho (cuidar en este momento de no arquear las piernas); sin dejar de estar girado el cuerpo, enderezarlo para agacharlo al lado contrario,



Figura 10

hasta colocarlo en ángulo recto con las piernas (cabeza erguida); sin enderezarse, o sea, siempre agachados, girar hasta deshacer el cuarto de vuelta, y colocarse de frente, mirando hacia entre los pies; enderezarse, finalmente, para volver a la posición primitiva, y repetir el movimiento, pero empezando por el otro lado. Este ejercicio, algo difícil, favorece el desarrollo de todos los músculos del tronco (abdominales y lumbares), del tórax y, secundariamente, de las piernas.

*Ejercicio núm. 10* (figura 11).—Echados en tierra, bien rectos, con la cabeza horizontal, el pecho saliente y los brazos rectos hacia atrás. Entonces, incorporarse, lo más recto posible el tronco, hasta tocar con las manos las puntas de los pies; enderezar el cuerpo, y dejarse caer nuevamente atrás, procurando que la cabeza toque el suelo *antes* que la espalda. Para este ejercicio es necesario que alguien sostenga los pies del sujeto, o que éste los enganche en cualquier objeto o mueble. Este movimiento

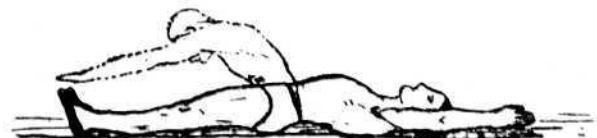


Figura 11

(muy fuerte) obra, sobre todo, sobre los músculos anteriores del abdomen, reduce el vientre y extiende el tronco.

*Ejercicio núm. 11* (figura 12).—Partiendo de la posición inicial, dar bruscamente un paso lateral bien amplio, extendiendo a la vez cuan-



to sea posible el brazo del mismo lado, mientras permanece el otro adosado al cuerpo. En esta posición, deben estar: la pierna de atrás bien recta, la de delante doblada en ángulo



Figura 12

recto, el tronco y la cabeza erguidos y el brazo extendido todo lo posible. Vueltos a la posición inicial, repetir el movimiento con la pierna y brazo opuestos. Este ejercicio cultiva todos los músculos del cuerpo, pero, sobre todo, los de las piernas y pelvis.

*Ejercicio núm. 12* (figura 13).—Se parte de la posición inicial, y bruscamente se hace el siguiente movimiento combinado: elevar los brazos hasta en cruz, bien rectos; sacar el pecho afuera y echar la cabeza atrás, en tanto que se eleva el cuerpo sobre las puntas de los pies (*al ejecutar este movimiento, debe inspirarse aire*

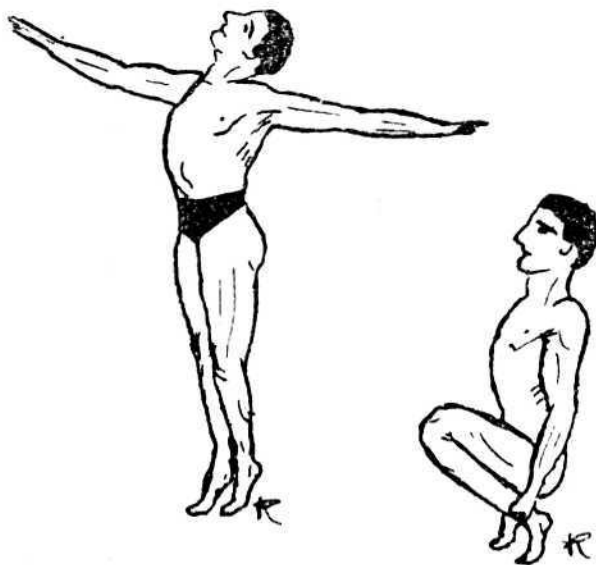


Figura 13

*fuertemente por la nariz, de manera que, al llegar a la posición indicada, los pulmones se hallen totalmente llenos de aire*). En esta actitud se permanece dos o tres segundos, y en seguida se bajan los brazos, se trae la cabeza a

la posición normal y se flexionan las piernas hasta quedar como indica el grabado (*en esta segunda parte del ejercicio, se exhala el aire lentamente, coincidiendo el final del movimiento con el de la expiración*). Se deshace la flexión y se incorpora el cuerpo, volviendo a la postura de reposo, apoyándolo sobre la planta del pie en total. Una pausa, y repetir. *Este ejercicio es esencialmente respiratorio* y ensancha notablemente la caja torácica. Desarrolla también los músculos del tronco, los de la columna vertebral y los de los miembros y cuello.

*Ejercicios de cuello* (figuras 14, 15 y 16).—En la posición inicial, pero con las manos en las caderas, echar la cabeza hacia adelante y hacia



Figura 14



Figura 15

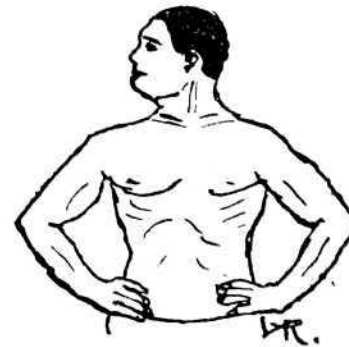


Figura 16

atrás (figura 14); inclinarla sobre uno u otro hombro alternativamente (figura 15), y, por fin, girar el cuello de manera que la barbilla se apoye sobre un lado y el otro (figura 16). Con estos tres ejercicios se desarrollan todos los músculos del cuello.

**Observaciones.**—Cada uno de los quince ejercicios anteriores que compendian los más esenciales del método sueco de Ling, debe ejecutarse un número de veces proporcional al entrenamiento y resistencia del individuo, *sin llegar a la fatiga*. No debe forzarse nunca el cuerpo, y aquellos ejercicios que resulten de momento difíciles o imposibles, por demasiado fuertes para ciertas personas (por su obesidad

o elasticidad escasa), deben aplazarse para más adelante. La mujer, durante los períodos menstruales, no deberá nunca hacer ejercicios de ninguna clase y ni que decir tiene que tampoco durante la gestación. En tanto que sea posible, se combinarán estos ejercicios con los respiratorios. La respiración, durante todos estos movimientos, debe ser amplia y profunda, y siempre en los descansos que se hagan entre los ejercicios será convenientísimo hacer algunas respiraciones completas. No se olviden las normas generales que hemos dado un poco más atrás. Las personas de edad avanzada, de salud deficiente, etc., deberán abstenerse de practicar estos ejercicios sin la dirección y vigilancia del médico. Después de los ejercicios algo fuertes, debe volverse a la posición inicial o de reposo para hacer en ella algunas respiraciones completas. Al acabar la sesión, será prudente un descanso, previos algunos ejercicios de relación (que ahora describiremos al hablar del reposo). Para llegar a dominar esta lección de gimnasia bastante completa, deberán empezarse a practicar los ejercicios más simples, o bien todos, pero *pocas veces*, para ir aumentando la dosis según se vaya entrenando el individuo. Si el ejercicio se practica durante el verano y después de la sesión se suda, será imprescindible tomar después una ducha tónica rápida, o una fricción del cuerpo con un paño mojado, abrigándose bien a continuación. No debe temerse esta práctica; en todos los principales gimnasios y centros de cultura física más importantes, se sabe muy bien la necesidad de esta medida hidroterápica que descansa y tonifica el sistema muscular y nervioso; es un error *desnudarse* en seco, e insisto en que después de toda sesión de gimnasia, como de todo otro ejercicio o deporte que provoque una general sudación, es necesario refrigerar el cuerpo y tonificarlo con una ducha fresca de unos segundos o una loción general, secándose bien a continuación y reaccionando bien abrigados y lejos de toda corriente de aire.

**Reposo y ejercicios de relajación o descanso muscular y nervioso.**—El descanso después de todo ejercicio, sobre todo si ha sido algo intenso, es una necesidad fisiológica. En general, el descanso mejor se consigue echados en posición horizontal, bien sueltos todos los músculos del cuerpo. Es un error después de un ejercicio activo o de una marcha

prolongada, por ejemplo, conformarse con estar sentados o a veces solamente buscar el descanso permaneciendo de pie. Obsérvese que todos los animales, después de caminar o de correr, cuando quieren descansar, se echan en el suelo cuan largos son.

Pero no basta poner el cuerpo horizontal. Es preciso, además, dejar en completa relajación todos los músculos. Además, es conveniente que a este estado de reposo muscular y corporal, acompañe también una cierta laxitud o relajación simultánea.

**Ejercicio de relajación general.**—Echaos en el suelo, boca arriba, las piernas ligeramente abiertas y los brazos caídos naturalmente a los lados o algo separados del cuerpo, y procurad aflojar *por completo* todos los músculos, de manera que todo el peso del cuerpo, como si fuese de plomo, se apoye en el suelo totalmente. Si la relajación está bien hecha, y una persona a vuestro lado os levanta un brazo o una pierna, soltándolos luego, estos miembros deben caer pesadamente, inertes en absoluto, como si no tuviesen vida, sobre el suelo; si dicha persona os mueve la cabeza, debe ésta balancearse inerte a un lado o a otro. Hasta la boca deberá entreabrirse naturalmente, por relajación de los músculos que elevan el maxilar inferior. Debéis sentirlos pesados, flojos, como si vuestro cuerpo fuera una masa inerte y vuestros miembros de plomo; y hay que procurar también que el estado mental sea ecuánime, apacible en absoluto, alejando del pensamiento toda idea desagradable y penosa, y, a ser posible, no pensando en nada, o eligiendo temas de pensamiento suaves y placenteros.

Este ejercicio de relajación muscular es utilísimo. Con frecuencia, resulta, aunque parezca sencillo, de muy difícil realización, pues siempre se encontrarán músculos contraídos que aflojar. Bien practicado, proporciona un inefable descanso al cuerpo, en breves minutos, después de un ejercicio fatigoso, una marcha penosa, etcétera. Una vez aprendida la relajación muscular completa, se habrá adquirido su hábito para, durante el sueño natural de la noche, aprovechar mejor las horas de reposo, pues si durante el sueño no hay relajación muscular completa, el descanso es sólo relativo y siempre incompleto.

DR. ROBERTO REMARTÍNEZ



**Para una antología de temas pedagógicos**

**Exclusivismo en la educación  
Castigo. - Automatismo de los padres  
Necesidades de los hijos**

En el cerebro del hombre, la inteligencia y el sentimiento están íntimamente ligados, y de su combinación nacen las voliciones, que reaccionan, a su vez, más o menos poderosamente, según su solidez y duración, sobre la vida cerebral. Es, pues, una grave ilusión el creer que se puede tratar separadamente, por medio de dogmas teóricos, las tres grandes esferas del alma humana: la *inteligencia*, el *sentimiento* y la *voluntad*. Se comete, ante todo, una falta fundamental al imaginarse que únicamente por medio de la escuela puede hacerse la educación de la inteligencia, dejando a los padres la de los sentimientos y la voluntad. Pero es más absurdo todavía el pretender actuar sobre el sentimiento, y especialmente sobre los sentimientos éticos, sobre la conciencia, que deriva directamente de la simpatía, con la predicación moral y los castigos. ¡Ah, las predicaciones morales! ¡Ah, la enseñanza moral teórica! ¡Ah, las cóleras y los castigos! ¡Qué falsas y contrahechas son esas concepciones del espíritu humano! ¡Creen así, valiéndose de dogmas áridos y abstractos, mantenidos con castigos, poder cebar de conciencia y de sentimientos altruistas el cerebro del niño, que no es asequible sino a las ideas concretas, a la simpatía, el afecto y la diversión! Diariamente puede verse, en cada familia casi, cómo los padres hacen a sus hijos, con tono desabrido, irritado o patético, ciertos cargos y reproches, ¡siempre los mismos!, cual la gama del tono en que son dichos, y cómo los hijos contestan a ello con la inatención o con lágrimas, o frunciendo el entrecejo, cuando no con réplicas proferidas en el mismo tono irritado. Censuras y réplicas pasan por el alma del niño sin dejar más huella que el viento en un muro. Tales escenas estereotipadas producen en todo observador inteligente la penosa impresión de dos organillos

que se contestan el uno al otro, y cuya melodía es, por decirlo así, automática. Si ésta es la moral que debe obrar en el corazón del niño, nada de extraño tiene que siga siendo ineficaz y hasta dañosa. Lo que los padres no advierten es que, bajo apariencia de regaños dirigidos a los hijos, no hacen otra cosa que dar rienda suelta a su propia debilidad y malhumor. Pero los hijos, por su parte, lo advierten muy bien, conscientemente o no, y reaccionan en consecuencia. Lo que hay de más lamentable en esto, es que copian ellos mismos estas malas costumbres, predicándose *moral* unos a otros, como los monos pequeños que imitan a sus padres.

La verdadera enseñanza moral, la verdadera manera de influir beneficiosamente en los niños, está en la forma como se les habla, como se vive con ellos y como se les trata. Los calurosos sentimientos, la veracidad, la persuasión y la perseverancia deben traducirse en los actos y en la manera de ser de los padres; estas cualidades son las únicas que pueden despertar la simpatía y la confianza en el corazón del niño hacia quien debe ejercer su acción sobre él. No es la fría palabra moral, sino el efusivo sentimiento altruista, radiante de todo lo que se es y de todo lo que se hace, lo único que puede actuar como educador moral del niño. Es cosa olvidada de puro sabida que el sabio que da a sus alumnos explicaciones excelentes, eruditas y profundas, con tono seco y fastidioso, no enseña nada, o, por lo menos, muy poco enseña a sus discípulos. Los alumnos bostezan, y dicen, con razón, que hubiesen podido aprender lo mismo leyendo en un libro o en un diccionario las materias que expone. El que, por el contrario, habla con calor y persuasión, y sabe entusiasmar a sus oyentes, atrae invenciblemente su atención, y lo que dice se les graba en el cerebro. ¿Por qué? Pues bien, porque en el pri-

mer caso precisamente la inteligencia se manifiesta sin acento sentimental, mientras que en el segundo el poder sugestivo y contagioso del entusiasmo arrebató al oyente, se apodera de él y enriquece con ello mucho mejor y más útilmente su cerebro; la ciencia muerta y árida llena todo lo más la memoria, pero deja vacío el "corazón". Lo que del corazón no viene no va al corazón, dice un proverbio alemán. Agregaremos que lo que no viene del corazón

entra mucho más difícilmente en la cabeza.

De una manera absolutamente análoga es como se ejercita la voluntad, auxiliada por una actividad perseverante. Hay que hacer de manera que el niño se entusiasme con la acción social; hay que hacer que se inflame su pecho con toda acción desinteresada y noble; con la abnegación, sin excitar su emulación con promesas de recompensa o con el miedo al castigo.

AUGUSTO FOREL

## La tertulia de un hombre libre

XX y último.- Literatura, pensamiento, acción



Tres contertulios, los de más radicales diferencias de criterio, que a pesar de todo mantenían cordial trato, porque sus actitudes intelectuales, si distintas, estaban asentadas en temperamentos muy semejantes, se enzarzaron en una polémica sobre ciertos acontecimientos que eran la preocupación de todas las conciencias despiertas de la época.

—¡Pobre Italia!—exclamó uno de ellos, el que defendía, como único medio de transformar el mundo, la acción—. No podía descender a menos. ¡Dejarse regir de ese modo!

—A casi todos los italianos les corresponde una parte de esa culpa — observó el que sólo confiaba, para toda obra transformadora, en el pensamiento—. Durante mucho tiempo se han entusiasmado con pensamientos superficiales, brillantes y luminosos, pero vacíos. Esta superficialidad, si no se nota en las épocas quietas, se advierte en cuanto un grave problema se plantea. Hay mucha gente en Italia que, por efecto de aquellos pensamientos que le han servido de guía, es histriónica. Si en el pasado se hubieran puesto allí en circulación pensamientos más preñados de sustancia, no habría sucedido lo que sucede. Si hoy — nunca es tarde — se echara mano de aquel medio, lo que sucede dejaría de suceder sin tardanza.

—No lo creo así—dijo el partidario de la acción—. Los pensamientos, por grandes que

sean, tardan mucho en dar fruto. Sólo hay un medio salvador: la acción de unos cuantos hombres decididos, que no tardarán en arrastrar tras sí a la multitud.

—¿Pero adónde iría una multitud empujada a la acción de ese modo? Lo mismo que ahora se deja dominar, se dejaría dominar después por cualquiera de los que la llevaran a obrar que tuviera temperamento de mandarín. Seguiría lo actual con otro disfraz.

—Nuevos hombres de acción, decididos igualmente, emprenderían la tarea de acabar con ello, como asimismo con todas sus posibles continuaciones.

—Es esa una cadena que no se rompería nunca, si sólo se confía en la acción. El remedio está en que tanto los hombres de acción como la multitud que les siga, se preparen para la lucha con armas mejores que las de la simple acción, por sí sola infecunda. Y estas armas únicamente el pensamiento, cuando es valedero, puede darlas.

—Para que el pensamiento preñado de sustancia sea accesible a los hombres de acción, que suelen pensar poco, y a las multitudes, que piensan menos todavía, nada mejor que la literatura—dijo de súbito el tercero de los contertulios, entusiasta fervoroso de las grandes obras literarias, a las que asignaba toda clase de virtudes—. Si el pueblo italiano hu-



biese leído a los grandes escritores de ayer y de hoy, se habría sentido avergonzado de lo que le sucede y no lo habría soportado. Pero en lugar de leer a los grandes escritores, se solaza con los mediocres. Guido de Varona, que es un D'Annunzio ínfimo—y ya D'Annunzio es el colmo de la superficialidad—, goza de una popularidad extraordinaria. Nada de extraño tiene, pues, que hombres aficionados a esa clase de literatura soporten lo que soportan.

—¿Cómo quieres que unos hombres que no piensan lean buenos libros?

—Pero si no leen libros buenos, jamás pensarán.

—Para que el hombre piense y lea buenos libros, le hace falta ser libre. La libertad es hija de la acción. Lo primero, por lo tanto, es la acción.

—Nunca. La acción, si no va guiada por el pensamiento, camina a ciegas. Quien camina a ciegas no va a ninguna parte. Lo primordial es el pensamiento. Pero éste no se adquiere sino por medio de la literatura grande. Expandir los buenos libros y el pensamiento florecerá impetuoso. Luego, la acción de este pensamiento, dará frutos admirables. Primero, pues, la literatura.

—Crece el fervor de vuestra polémica—intervino el animador—y vuestras palabras brotan encendidas, cargadas de significación, deseosas de elevar a la mente de los otros, ya que no convencimiento pleno, comprensión para su más honda esencia. Como sois tres temperamentos cordiales, no hay encono en las frases, antes bien evidente ternura. Preocupados de la vida de los hombres, buscáis, para ellos, un medio de salvación. El deseo de que se salven de cosas vergonzosas del momento, os lleva a trazar un a modo de programa salvador de todas las fealdades que han ocasionado aquellas cosas vergonzosas. No son estas cosas transitorias lo que pone más fuego en vuestras palabras. Palpita debajo de ellas un color humano que abarca horizontes más amplios. Sin embargo, cada uno tenéis vuestro horizonte particular, cercado, limitado. Tú, que sientes en ti la certeza de que las grandes obras literarias guardan el secreto de las transformaciones; tú, que confías solamente en el pensamiento, y tú, que todo lo esperas de la acción, estáis

separados por ese cerco, por ese límite. Los tres, no obstante, estando tan separados, representáis la lucha íntima que se riñe en la conciencia de muchos hombres de nuestra época. En otros tiempos, el hombre de acción era solamente un hombre de acción, el hombre de pensamiento, únicamente de pensamiento, y el animado de fervorosa confianza en la literatura, exclusivamente un esperanzado en la influencia de la literatura. Pero en nuestros días, por lo general, en cada hombre preocupado se encuentran, por entero, las tres tendencias, que se repelen y que cada una, a su vez, según sean las circunstancias de fuera, quiere ocupar en su mente, el lugar preferente. Y a decir verdad, sólo los hombres que asisten en sí mismos a esta lucha, tienen significación eminente en la tarea de buscar salvación de las cosas transitorias y de las cosas más perennes, y no salvación absoluta, que no la hay, sino relativa, aunque cada vez sea más extensa, amplia y lograda.

—Vosotros tres—continuó el animador, después de una breve pausa—habéis limitado vuestro horizonte, pero dejáis que entren en él aires contrarios. No padecéis cerrazón mental, ni ninguna clase de mezquindad. El temperamento os tiene presos en una actitud, y a ella le prestáis entusiasmo y fervor, pero comprendéis las otras actitudes y tratáis de ganarlas con palabras encendidas. Sí, metidos en un cerco, no encerrados en él. El diálogo entre vosotros es, pues, grato. Cada uno da y recibe sugerencias. Las frases, al cruzarse, adquieren un valor que antes no tenían. En todas ellas se ha atravesado un poco del sentir del adversario. Llega un momento en que vuestra charla es semejante, por su intensidad, a la que tiene en su lucha consigo mismo el hombre que se ve atraído a la vez por las tres tendencias.

—Ahí está el caso de Rusia—exclama, luego de un largo silencio, el creyente en la primogenitura del pensamiento.

—Ahí está, sí—contesta el entusiasta de la acción—. La acción la ha salvado de una tiranía ominosa, secular. No diré que lo que existe allí ahora sea perfecto...

—No lo digas, no. Tu entusiasmo por la acción te llevaría entonces demasiado lejos. Es cierto que el pueblo ruso se ha salvado de una tiranía ominosa, pero para caer en otra que se

diferencia muy poco de la que antes padecía. Es el efecto de la acción ciega de las multitudes, arrastradas por unos cuantos hombres decididos. Si tal acción hubiera sido guiada por el pensamiento, no sólo de los hombres decididos, sino también de las multitudes, muy otros serían los resultados. Rusia, entonces, habría dado un salto admirable.

—¿Pero hasta cuándo hubiera sufrido el pueblo aquella tiranía, si hubiese esperado a ir a la acción guiado por el pensamiento?

—No lo sabemos. Mas, hubiese tardado cuanto se quiera, su acción habría sido más valedera.

—¿Es que no ha sido valedera? ¿Se pueden negar sus valiosos resultados?

—No, indudablemente. ¿Pero valen lo que han costado? Ha faltado el pensamiento, esto es lo cierto. Admitamos todos los resultados que quieras de la acción del pueblo ruso. Son pobres, de todos modos, porque el pensamiento no la ha asistido para que fuesen de otra manera.

—El pueblo ruso carecía de pensamiento en esa acción—intervino el creyente en la influencia de las grandes obras literarias—porque desconocía las obras de sus autores geniales. Desde los hombres decididos que arrastraron a las masas, hasta estas mismas masas, pocos conocían la gran literatura del país. La revolución y sus consecuencias y resultados lo evidencian de un modo indudable. Ni Gogol ni Dostoievski, para no citar más que dos maestros, habían sido leídos y meditados como se merecen. Leyendo sus libros, por torpes que fuesen los revolucionarios—y hay que reconocer que lo han sido mucho—, habrían tenido algún conocimiento de la psicología del pueblo al que empujaban a la acción. Y armados de este conocimiento, que sólo la literatura grande podía darles, su obra habría adquirido un carácter extraordinario, en su desarrollo y en su resultado. Desconociendo esta literatura, desconocían a las gentes de que se servían, y la acción de estas gentes, ciega, había de dar forzosamente frutos amargos. Si alguno de estos frutos ha llegado a estar en plena sazón, ello se debe a la casualidad, no a la voluntad ni al saber de los hombres. Y no estamos en tiempos en que deba confiarse en la casualidad. Conocer la literatu-

ra grande, que es donde viven los hombres tal como son, es la tarea más urgente. Con ella se adquiere el pensamiento valedero, y de éste, entonces, nace la acción dinámica, impetuosa, admirable, que da pasos firmes en caminos que se abre ella misma, guiada, como por una luz segura, hacia los más altos propósitos, que en este caso no se malogran.

Hubo una pausa larga, meditativa. Como en la mente de los hombres saltan, sin coordinación, las ideas más diversas, el entusiasta del pensamiento, tal que si ya el tema de Rusia hubiese estado dilucidado, dijo con voz un poco estremecida:

—¡Pobres chinos!

—¡Pobres! ¿por qué?—preguntó el partidario de la acción—. Europa les ha llevado los frutos de su podrida civilización industrialista; pero ya los rechazan. Ya no son dignos de compasión. Al contrario, debe admirárseles. El ideal de la acción, a ellos, milenariamente pacíficos, sufrientes, humildes, les gana. Han empezado a rechazar el mal que Europa les lleva.

—Cuando la acción es hija sólo del descontento, no suele ser muy fructífera. Los chinos tienen razón para rebelarse contra los males que les lleva Europa, ¿quién puede ponerlo en duda? Pero si el pensamiento no preside su acción, será lógica, mas no salvadora, que es lo que ellos quisieran que fuese.

Hubo otra larga, meditativa pausa, igual a la tregua que se da a sí mismo el hombre cuya conciencia es teatro de una lucha de pensamientos contradictorios.

DIONYSIOS



## IMPORTANTE

Tenemos a disposición de nuestros lectores un extenso catálogo conteniendo más de 2.000 títulos de obras de todas clases, el cual enviaremos gratis a quien lo solicite.

Rogamos nos remitan sello de 25 céntimos para los gastos de envío.

Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.



Información desde París

(Conclusión)

## Importante debate sobre eugenismo y esterilización

### Ixigrec

La compleja erudición de este escritor asiduo vino a ofrecernos una serie prolija de argumentos y detalles, que, en favor del Eugénismo y la Esterilización, se manifestó así en términos concisos:

“El Eugénismo tiene su forma filosófica y encierra en sí una importancia que no se ha supuesto todavía en todo su valor; la selección racional que preconiza para que la conservación y progreso material y moral de la raza se desarrolle, es muy digna de ser tenida en cuenta por todo hombre razonable, ante la crueldad que representa para nuestra raza la selección natural confiada a las solas leyes de la biología.

En pos de ese fin de progreso y de superación humana, pues, el Eugénismo, que es la ciencia de producir buenas generaciones, se propone, no solamente llevar al conocimiento del mayor número de gentes las razones poderosas que existen para que de por sí procreen de una forma consciente, favoreciendo nada más que la multiplicación de los más aptos, sino que también tiende, como consecuencia directa, a establecer la obra social de la esterilización de los indeseables, con el asentimiento de quienes llegan a reconocer por sí mismos la utilidad de su esterilización, y por imposición lógica, en contra de la voluntad de los enfermos y defectuosos intransigentes, que en perjuicio de quienes les rodean en la vida social sólo atienden a sus caprichos y sus extravagancias funestas.

Sin ser mecánico o accidental, como tantos fenómenos hay que lo son en la Naturaleza, el Eugénismo es un efecto científico concebido por la inteligencia de los propios hombres, que, ante los hechos de sus decadencias raciales, tratan de ponerlo en aplicación, al objeto de

corregir la obra bruta de la Naturaleza, o mejor dicho, perfeccionarla.

Lo que el Eugénismo combate es la procreación inconsciente y de seres por diversas razones deficientes; y si bien no defiende que haya que eliminar a los individuos tarados que ya existen en la vida, ni que haya que castigar con el presidio a los delincuentes sociales, sí que pretende que unos y otros no puedan fecundar, al objeto de que el número de esos desgraciados no vaya aumentando, sino desapareciendo, lo que también daría por resultado la disminución muy considerable de los parásitos de todas clases, especialmente de los que constituyen la población penal, hospitalaria y alienados.

Si se viene a reconocer que las leyes de la herencia son innegables, nuestros propósitos deben aprobarse, dado que ellos no son sino los medios para llegar a conseguir nuestras aspiraciones de bienestar y progreso, que, desde luego, todos desean.

¿Es que no está probado suficientemente, a través de muchas experiencias, la significación directa de la herencia? No solamente está demostrando que los hombres se transmiten de generación en generación caracteres especiales de su linaje, mentales y fisiológicos, sino que, además, se ha experimentado también, por ensayos hechos con animales de otras especies, que cruzamientos especiales daban por resultado procreaciones con atributos correspondientes a los dos elementos generadores. Se han hecho también pruebas sobre algunos mejoramientos con efectos provechosos, lo que hace suponer que, efectuado asimismo entre los hombres, se producirían igualmente; luego es alrededor del fenómeno de la herencia que el Eugénismo trabaja, en primer lugar, para impedir que los inútiles se reproduzcan, y en segundo lugar,

para favorecer el desarrollo de los más aptos.

Para llegar hasta eso, por encima de las vaguedades filosóficas, el Eugenismo va hacia sus fines proponiendo la Esterilización hasta llegar a imponerla, si es preciso, en bien de la colectividad, pues no hay razón para que los hombres peores, que son aquellos que consumen más que producen, impongan ciertas condiciones de vida en detrimento de los mejores, que son los que producen más que consumen.

Frente a la degeneración, aunque a ella se atribuyan las genialidades y los artistas, el Eugenismo busca la regeneración que traerá la felicidad y el equilibrio general, y en consecuencia se opone a la libre procreación defendida en nombre de falsos principios. Si bien por fanatismo un ortodoxo quiere engendrar sin límite o un degenerado pretende hacer lo propio en nombre de su libertad, para nada en tal caso debieran contar con la sociedad; pero si es que han de vivir en contacto con ésta, no ya un derecho, sino un deber existe de velar por no producir en su seno contagios y decadencias lamentables.

Es indudable que si todos llegaran a comprender la necesidad de examinar la cuestión del Eugenismo y que cada cual reconociera que debía de obrar sin imposiciones en bien de todos o al menos en mal de nadie, la legislación para esterilizar no sería necesaria; pero es que precisamente, quienes más debieran interesarse se ponen en contra y de ahí que con razón el interés de la colectividad reclame la aplicación de medidas convenientes en detrimento de los menos y los peores.

Yo no veo razones para que los degenerados dejen de ser esterilizados, pues ellos son los que por ser los menos útiles y los más inaptos, complican todas las formas de la actividad social; además, aun cuando verdaderamente sea que el genio y el arte se personifican en los degenerados, yo no vacilaría en elegir una vida sana y rústica, mejor que otra degenerada y envuelta en metafísicas.

Además, todos los que crean que la sociedad debe transformarse en algo mejor, que se debe de ir hacia la conquista de la prosperidad y de la armonía o sea de una vida nueva, deben convenir en que es necesario destruir lo caduco, lo viejo, para poder contar con elementos jóvenes y nuevos también.

Por último, sólo he de decir que muy encarecidamente, recomiendo a todos el estudio de los libros de Eugenismo para que la penetración se haga sobre todo lo que a ello concierne.

### Spirus-Gay

Este avezado militante del Eugenismo hace también en su defensa la peroración procedente:

El problema del Eugenismo es tan vasto y trascendental, que diríamos que es el que más a los hombres actuales puede presentárseles; en sí abarca todas las manifestaciones de la vida, individuales y colectivas, y todo cuanto existe de interés en el seno social habrá de verse influenciado por las determinaciones a que pueda dar lugar.

La Esterilización no es un ideal como así lo es el Eugenismo, sino una consecuencia que éste engendra y sería un error querer hablar de la primera sin conocer este último.

¿Qué es, pues, el Eugenismo? Es la idea de querer que la generación de los hombres se lleve a cabo en las mejores condiciones posibles, para que todas las cualidades de éstos sean también lo mejor posibles.

¿Quién que aspire a un mejoramiento de cualquier índole podrá ponerse en contra de este ideal? ¿Cómo pues hacer por que se realice?

Para que una armonía social pueda tener efecto, es imprescindible que en los propios individuos también esta armonía se vivifique. Sin la armonía individual, no puede pensarse en armonía social alguna, y por lo tanto, todos aquellos medios de acción que vayan destinados a tal fin, debemos considerarlos como eficientes; la primera obra del Eugenismo es pues trabajar por que cada sujeto, tanto en el aspecto de su alimentación, como en cuanto concierne a sus sentimientos y a su moralidad, tienda a buscar un equilibrio perfecto que servirá de base para que el equilibrio social en todas sus formas se establezca.

Así, pues, ante semejante interés, la selección racional o sea la elección de los mejores individuos para efectuar el hecho de la procreación de seres normales que serán los más dispuestos al alcance de dicho equilibrio, como la eliminación de los peores que han de servir para constituir una casta de parásitos y de obs-



táculo para la superación de los demás, es una rigurosidad que el Eugenismo no puede dejar de atender.

Nosotros estamos seguros que la esterilización de las familias degeneradas y de todos los viciosos inveterados, es de una utilidad humana insuperable por las miserias que así se quitarían del mundo, y por la facilidad que se proporcionaría al Progreso y a la Armonía social al cultivar sólo los más aptos para las utilidades generales.

Esa esterilización yo estimo que debiera legalizarse para que su efectividad sea real, porque los únicos que a ella podrían oponerse serían precisamente aquellos que hubieran de sufrirla, y ya hemos dicho que éstos sólo habrían de ser los reconocidos como degenerados e inútiles; los hombres sanos, útiles y normales no tienen nada por qué temerla, y por consiguiente en bien de sí mismos y de la colectividad en que viven harán bien en aceptarla.

Ahora bien, si esa legalización se estableciera, como ya sucede en algunos Estados de América y se propone en algunos otros de Europa, deberá ceñirse exclusivamente y sólo a tener aplicación con individuos que no de forma o apariencia sean parásitos, sino que lo sean por principio y naturaleza de ellos mismos.

Quiero decir que si por ejemplo la esterilización hubiera de ser aplicada a individuos que por un motivo u otro no se hallan conformes con la sociedad en que vivimos, y que por consiguiente se hallan considerados como irregulares o parásitos, entonces se cometería una gran injusticia porque es contra las ideas de los hombres que se operaría, y todas las ideas deben de ser respetadas.

Yo sé que en América se ha propuesto por ejemplo que se extendiera la acción esterilizadora a los individuos indigentes y a los que combaten la idea de Estado que son los anarquistas. Como es natural esto sería un mayúsculo error que ningún hombre razonable e idealista podría admitir.

Pero en resumen si estas excentricidades son susceptibles de darse, el ideal no es eso, y si la legalización de la esterilización se propone, es al objeto de que los elementos verdaderamente nocivos a la sociedad y que son incapaces de comprender el mal que hacen, puedan ser sometidos a dicha operación.

La esterilización desde luego que tiene que ser cuestión de mucho estudio y análisis para evitar posibles errores; pero no olvidemos que si se aplica con acierto, el beneficio que se rendirá a la humanidad sana y consciente será grandísimo porque no otros fines persigue el Eugenismo sino la regeneración, cosa que empezando por los individuos en sí, se reproducirá por todo el ambiente social.

Yo celebro de que por fin estas ideas vayan tomando incremento por todo el mundo, y sólo ya una recomendación me queda por hacer y es que aquellos que acepten el Eugenismo no deberán convertirse nunca en legisladores sistemáticos cuando se trate de la acción esterilizadora, sino siempre tener en cuenta que obedecen a un ideal, y que este ideal exige en principio una contribución personal que consiste en el perfeccionamiento de sí mismo a la par que se trabaja por el perfeccionamiento de los demás.

## E. Armand

En último término, el organizador aporta también este criterio: "Considero que este asunto, como todos los relativos al medio de las convivencias humanas, debe observarse desde el punto de vista ético, y no otro."

Si yo he dispuesto que la cuestión de la esterilización se abordara al mismo tiempo que la idea del Eugenismo, es porque entiendo que lo uno es inherente a lo otro, y que si en forma de ideal humano, de armonía social y de bienestar no podríamos establecer discusión, porque nosotros todos lo queremos, bajo su forma de aplicación sí que es muy discutible, porque la esterilización del hombre o de la mujer, impuesta por una ley, en nombre de un principio determinado, siempre será un atentado contra la libertad y un motivo de desconcierto ético.

¿A quién se pretende esterilizar? A los anormales, se dice; pero los límites justos que distinguen lo normal de lo anormal ¿quién los puede trazar fuera del punto de vista ético? ¿Queréis que sea la ciencia, o bien la ley, o bien un dogma cualquiera? Pues entonces la esterilización tendría que generalizarse a todo el mundo, opuesto o disconforme, y esto sería inconcebible.

Yo entiendo que la sociedad debe admitir

y cuidar a todos los seres que vienen al mundo en un estado de inconsciencia y de desconocimiento, y que si vienen en estado defectuoso o inconveniente se ha de reconocer que la causa se debe a la injusta organización de las cosas que hay impuestas y a la deficiente educación que se dispensa a los individuos, porque sólo se piensa en dogmatizarlos y no en instruirlos integralmente.

Si el Eugenismo parece ser que cuenta con la ayuda de las instituciones del Estado, es porque éste está directamente interesado en que los llamados anormales dejen de ser una preocupación para él, que monopoliza y acapara las riquezas e impone normas a la vida de todos.

El Estado hace Eugenismo cuando prescribe que la circulación por su territorio sólo será permitida bajo ciertas condiciones a las personas extranjeras; asimismo cuando para sus instituciones propias, sólo admite a cierta clase de ciudadanos, y cuando hace que sólo los verdaderos parásitos, que son los explotadores y sus funcionarios, se permitan gozar del privilegio de vivir holgada e higiénicamente.

A mi parecer, si alguna esterilización debiera hacerse, sería sobre los parásitos, a fin de que la sola herencia que se reprodujera fuera la de los que saben producir y consumir ecuánimemente.

Por mis ideas, que como principio ético definiendo y propago, que todos los problemas que se le puedan presentar a la humanidad, se resuelvan por persuasión y acuerdo si son susceptibles de ello, pero no por tiránicas imposiciones.

Yo aprecio que hombres que el sentido vulgar y hasta la misma ciencia ha considerado como anormales, han dado una gran utilidad a la sociedad y han hecho por que muchos oscurantismos e hipocresías se desvelaran, por lo cual, bajo el punto de vista de la utilidad, no podrían entrar en consideración para los legisladores de la esterilización.

Se olvida demasiado la parte psicológica e intelectual que avalora la humanidad y no se tiene en cuenta, por ejemplo, la nocividad de todas esas legiones de hombres sanos que provocan el pauperismo y los crímenes del embrutecimiento; he aquí a dónde podía también mirar el Eugenismo.

Lo más prudente, a mi entender, es suscitar que los individuos conscientemente decidan con libertad su determinismo general, y dejar que el buen sentido y las leyes naturales se encarguen de seleccionar todo lo nocivo y decadente que perjudica y complica lamentablemente la vida de los hombres.

(Versión libre por Sakuntala.)



## Apóstrofe al Alcohol

### I

Flagelo abominable que en la vida  
en el enfermo del carácter clavas  
con implacable saña de verdugo  
tu ponzoñosa y puntiaguda garra:  
¡Yo te aborrezco  
con toda el alma,  
porque endulzas el labio de los débiles  
y les quemas y roes las entrañas!

### II

Grotesca aparición que en los sueños  
del alma joven que la vida canta,  
te presentas, histrión de impudicia,  
y engañas con tu cruenta carcajada:  
¡Yo te aborrezco  
con toda el alma,  
porque eclipsas el astro de la idea  
y trabas en la lengua la palabra!

### III

Saltimbanqui procaz, de paso torpe,  
que cual oso de zingano en la danza,  
al vil chasquido de tu propio insulto  
te desplomas en medio de la charca:  
¡Yo te aborrezco  
con toda el alma  
porque cambias el beso de tus hijos  
por el beso traidor de la canalla!

### IV

Emisario maldito de la muerte  
que azotas el hogar como un fantasma  
y hasta el mendrugo quitas a las madres  
y con tu estigma al huerfanito marcas:  
¡Yo te aborrezco  
con toda el alma,  
porque cavas la tumba del martirio  
y arrojas la familia en la desgracia!

### V

Enmascarado que en la tarde ríes  
¡y luego lloras en la noche trágica!  
y caes del hospicio en la camilla  
que recoge tu vida miseranda:  
¡Yo te aborrezco  
con toda el alma,  
porque matas, veneno, gota a gota,  
¡y en la herencia repites tus infamias!!

J. JULIO PILARET





*En esta Sección publicaremos un juicio crítico de todas aquellas obras cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.*

**El hijo del señor Esteve**, por Angel Samblancat. — Con este título, ha dado a la estampa una nueva novela Angel Samblancat.

Estevet, el hijo del señor Esteve, es un inadaptado que siente asco del vivir ordinario, y no halla su camino. El desea vivir ampliamente, a borbotones, según su inspiración y sus gustos, y no puede. Dentro de los moldes usuales, se ahoga. Quiere romperlos; vivir de otra manera, sin trabas ni restricciones, de espaldas a toda preocupación, obedeciendo a sus impulsos en todo momento y a todo trance, aunque estos impulsos choquen abiertamente contra el sentir general. No es hipócrita; es joven; rebosa vigor; ansía gozar de todos los manjares fuertes que ofrece la vida, y se dispone a hacerlo sin disfraces, a cara descubierta, contra viento y marea. Enamorado de una otoñal que *ha hecho la carrera*, a ella se une, y con ella lleva una existencia escandalosa que se desliza entre bacanales y orgías, en las cuales se rinde fervoroso tributo a Venus y a Baco, hasta que, acosada la pareja por la gente honrada, se suicidan en medio de una juerga, de una manera en cierto modo petroniana.

Estevet es unigénito de un comerciante que amasó un fortunón traficando con fortuna y destreza, es decir, robando y envenenando a media humanidad. El muchacho posee suficiente despejo natural para comprender el sucio origen de las riquezas amontonadas por su genitor y bastante conciencia para avergonzarse de ello. A esto se debe que *tire los duros a voleo* en juergas y francachelas. Parece que abraza el propósito de castigar de esta manera al padre, en su avaricia y sordidez, de restituír de algún modo a la sociedad lo que le fué escamoteado, y de abofetear con su conducta a las personas *morales y decentes* que sólo

hallan inmoral y deshonesto que el individuo se divierta y viva como le acomode.

Por las páginas de la novela, escritas con el desenfado y el vigor a que Samblancat nos tiene acostumbrados, desfilan tipos perfectamente caricaturados, trazados con mano firme, en los que el autor hace resaltar los rasgos principales del carácter, y pone en solfa las macas y miserias que les corroen.

Tal el libro. Sin dejar de interesarnos el argumento, no es eso lo que más nos agrada en la obra. No creemos que Samblancat escriba novelas para entretenernos y deleitarnos. A nuestro juicio, novelar es para este autor un pretexto para apedrearnos con sus ideas, observaciones y agudezas. Samblancat es, ante todo y sobre todo, un luchador. Sus escritos son gritos de ternura, imprecaciones de rabia, himnos viriles de santa y sacrosanta rebeldía. No es un *dilettanti*. Es un guerrero. No escribe. Brega. Su estilo es desordenado, estruendoso, ensordecedor, impresionante, como los bramidos de un torrente. No escribe para acariciarnos, sino para darnos dentelladas en la carne viva, para estremecernos, para achicharrarnos el alma, para lanzarnos al rostro bocanadas de fuego en oleadas de pasión. Y en todas sus páginas, las metáforas suenan como tiros; los apóstrofes y diatribas estallan sonoros como latigazos; los espinos de la ironía se erizan agresivos y punzantes; las ideas picudas saltan y echan chispas, sin que por eso dejen de lanzar destellos y fulgores de vez en vez, relámpagos de ternura y, en todo momento, un amor encendido hacia los desgraciados que no nacimos a tiempo para tomar un cubierto en el banquete o en el festín de caníbales que es la vida...

Es posible que *El hijo del señor Esteve* no

sea, con arreglo a técnica, una novela. Seguramente no lo es. Pero eso de la técnica es macana pura. En toda obra de arte de este género, debe verse la vida a través del temperamento del artista, y esto no puede sujetarse a un patrón determinado. El individuo vive y ve cómo viven los demás, y se forja una realidad que es la resultante de la forma como actúan sobre él las circunstancias. Si entonces se dispone a narrar lo que ha visto y vivido y lo que esto le ha sugerido, es lógico no se ciña a reglas preestablecidas, que han de resultar necesariamente inadecuadas. El narra y comenta de una manera personal, y ha de crearse, por tanto, su método. Es lo que hace Samblancat. El nos cuenta las cosas como las ve, salpimentándolas con sus comentarios, sensibilizándolas, volcándolo sobre ellas sus rebeldías, sus dolores, sus aspiraciones y sus ensueños. Si encerrara su sensibilidad, tan rica en matices, en los moldes de una técnica cualquiera, perdería sinceridad, espontaneidad y fuerza, y no resultarían sus escritos tan personales, tan suyos.

En resumen, *El hijo del señor Esteve* es un libro que vale la pena leer, y cuya lectura nos ha proporcionado un grato solaz, nos ha conmovido y nos ha sugerido ideas. Creemos que no se puede decir más en elogio de un libro. Ni es menester.

**La isla de oro**, por Mario Verdaguer.—La historia—que más parece una leyenda poética—del reino de *Míramar* que en el extremo norte de Mallorca fundara un príncipe de la Casa de Austria, el archiduque Luis Salvador, estafalario y poeta, es el asunto de esta novela de pasiones y paisajes, por la cual se nos revela Mario Verdaguer como narrador admirable y escritor meritísimo.

*La isla de oro* es, quizás, lo más logrado que se ha escrito acerca de Mallorca, de esta *Roqueta* privilegiada que emerge y se deja acariciar por las ondas susurrantes del luminoso *Mare Nostrum*, del Mediterráneo riente y azul, como una bendición, y resplandece, al beso del sol, como un ascua de oro.

Mallorca es una isla de ensueño, de magia o de égloga. Ante sus bellezas naturales, el más prosaico se torna soñador y poeta. El encanto brujo de sus paisajes se apodera del espíritu, le embriaga y envenena, haciéndole tejer delíran-

tes ensoñaciones, cual si hubiera aspirado el perfume de la adormidera baleárica en los jardines de la Cartuja de Valldemosa, llena aun de los suspiros musicales de Chopin y del chasquido de los besos ardientes de la *Jorge Sand*, y en la loca y dulce embriaguez del ensueño, viera aparecer la silueta del abate Spiridións seguida de un cortejo alucinante de geniecillos alados y traviosos y de ninfas de carne nacarada y perfecciones estatuarias, perseguidas en graciosa desnudez por legión de sátiros falaces y lúbricos, o imaginara ver los delirios de noches sabáticas en medio de la calma augusta del jardín, bañado melancólicamente por la luz lunar...

Admirar una sola vez cualquiera de los paisajes de cuento de hadas de que tan pródiga es Mallorca, y no sentirse embrujado de una manera incurable, es imposible. La belleza del ambiente se nos impone; los maravillosos juegos de luz—orgías de resplandores—nos subyugan; en torno nuestro, todo canta, murmura, besa, reza o ruge. Bosques de pinos, de un verdor esvaído, que descienden por las laderas de montañas siempre ataviadas con las galas de una primavera eterna, y llegan hasta el mar, que se peina y viste de espumas en las cortantes rocas de la costa, y que, visto desde arriba, parece una llanada de zafir oscuro, ligeramente ondulada y surcada por sendas serpenteantes de argento y cuajada de centelleos rutilantes. Abismos inmensos, quebrachos y precipicios que nos atraen con fuerza irresistible hacia su fondo tenebroso. Grupos de montañas que, según como las hiera el sol, nos ofrecen el matiz de la púrpura imperial; la sensación de gigantesco brasas de un rescoldo colosal; la apariencia de inmensas moles cónicas de cobalto azul, agrupadas a manotadas por algún Titán artista; monstruos en reposo, cubiertos por un manto violeta, o montes áureos formados de repente con los tesoros fabulosos reunidos por Simbad el Marino y Alí Baba... Perspectivas admirables que hacen creer que la naturaleza ha tenido el capricho de volcar sobre esta isla afortunada las infinitas seducciones de todas las primaveras de la tierra, para ofrecernos el mágico espectáculo de su belleza y poderío en un espacio reducido.

El pintor que arriba a esta tierra y se empeña en pasar al lienzo la majestuosa belleza de



sus paisajes, está perdido. No podrá aprisionarla, como no se aprisiona la luz. Hará una maravilla de color; creará haber copiado fielmente los matices que, recorriendo una escala cromática infinita, le ofrece el paisaje; pero al comparar su obra con el esplendor vivo y cambiante del paraje que pretendió copiar, arrojará desesperado los pinceles, hará añicos la paleta, quemará el lienzo. Su obra, por buena que sea, será un pobre y pálido remedo; unos brochazos desmañados y torpes, que no dan ni una idea aproximada del original. Y mientras el pobre pintor se obstina o llora su impotencia, la luz de Mallorca continúa vistiéndose de esplendores, que varían a cada instante, el paisaje que se niega a ser copiado, que no cabe en los límites de un cuadro, ni revela a nadie el secreto de su color.

Todo esto lo expresa con una maestría insuperable, y con la necesaria extensión, Mario Verdaguer en su novela.

No se crea que es éste el único aspecto interesante de la obra. Toda ella, desde el principio al fin, está llena de un interés que no decae. La narración fluye con naturalidad y soltura. Los tipos están dibujados de mano maestra. El diálogo, bien sostenido y pleno de sugerencias nobles de alto rango. El estilo, armonioso, bello; lleno de imágenes; empedrado de observaciones; elegante y ameno siempre. Para que la obra sea más interesante, la pasión vibra en toda ella con notable resonancia.

Gustosos recomendamos la lectura de esta novela, y nos complacemos en felicitar al autor con todo el fervor de nuestra alma.

H. NOJA RUIZ



## GACETILLA



A algunos amigos les ha parecido excesivo el comentario que, sobre temas editoriales, hice aquí recientemente.

Recordaré, como nueva prueba de la incultura y del ambiente mercaderil, nada más que mercaderil, en que se desenvuelven nuestros editores, un suceso que ya tuve ocasión de referir cuando ocurrió.

A un estudiante, recién llegado de Alemania, le fué dado trabajo de corrección en una popular editorial barcelonesa. A las dos semanas, le entregaron las galeradas de un libro del cual se habían vendido ya varias ediciones. Naturalmente, un libro bastante malo. Por esta razón se había vendido tanto. En cada página de este mamotreto, hay infinidad de notas, cada una en su lengua original. El estudiante encontró que las susodichas notas estaban plagadas de errores de toda clase. Deseoso de hacer un trabajo concienzudo, consultó los textos y las corrigió. El libro sería malo, pero, por lo menos, estaría presentado con la debida pulcritud.

Después de varias semanas de ímprobo trabajo, satisfecho de su tarea, seguro de haberla

realizado limpiamente, el estudiante llevó las galeradas al editor.

—¿Qué trae usted ahí?—le preguntó éste.

—Las galeradas de tal libro. Por cierto que me ha ocupado bastante tiempo. Todas las notas estaban mal.

—¡Pero si ese libro ya se ha tirado y los pliegos están en la encuadernación!

—¿Cómo?

—Como se lo digo. Y no se preocupe. No vale la pena. Ese libro se ha vendido mucho tal como está. ¿Para qué corregirlo? Es un trabajo innecesario.

El estudiante me refirió todo esto sin salir de su asombro. Estoy seguro de que aun le dura el estupor.

Uno de los más espléndidos sucesos acaecidos en la Edad Media, fué la fundación de los gremios. Gracias a esa forma admirable de organización, el mundo se llenó de obras maestras de todas las artes. Dos ciudades de las más bellas que existen—Florencia y Nuremberg—, obra de los gremios son.

No es extraño, por lo tanto, que actualmente, entre los mejores hombres de todas partes, haya un deseo de reanudar las relaciones humanas, en lo que permitan las nuevas circunstancias, hijas del transcurso del tiempo, con arreglo a las olvidadas normas de los gremios, dignas en todo momento de fervorosa recordación.

Normas sencillas, naturales, contra las que nadie se alzaba ni podía alzarse. No había, dentro de cada oficio, otras categorías que las del saber—capacidad y competencia—, que siempre se acatan, de modo voluntario, por los hombres. De aprendiz se pasaba a oficial y de oficial a maestro. Eso era todo.

Eso era todo, pero para ser maestro de un oficio, cuando la existencia pujante de los gremios, era preciso haber acreditado maestría singular en él, haber realizado una obra bella y perfecta, ser un hombre, además, extraordinariamente dotado de otras prendas morales y de carácter.

Naturalmente, de ese encadenamiento de condiciones, que era el alma de los gremios, habían de surgir, en multitud, bellas obras. El ambiente gremial era propicio para semejante resultado. Sobre todo, por aquella condición aneja a la categoría de maestro, consistente en diversas pruebas de hombredad.

Se explica sobradamente que haya quien, hambriento de porvenir, vuelva la vista a ese pasado, vivero de hombres.

Con mucha frecuencia, en los periódicos y en las esquinas de las calles, aparecen unos anuncios llamativos, de casas cinematográficas, que nos indican la próxima proyección de un drama rural. Se insiste mucho en esto de lo rural, con esa ingenua simplicidad del hombre de ciudad que simula estar enamorado del ruralismo, al cual, en el fondo, no sólo desconoce, sino que juzga despectivamente, considerándolo como algo inferior.

Sin embargo, no se sabe por qué rara ley psicológica, se acude mucho a las proyecciones de esas películas, que tienen de rural lo que un hijo de Occidente de chino.

Pudiera ser que, como el hombre de ciudad es un ser cohibido por toda clase de conveniencias sociales, y en esos dramas rurales se procura que triunfe el instinto, vayan a ver aquello que está tan lejos de su existencia, como

una reacción contra ésta, y como un consuelo para la simulación en que de continuo viven. No obstante, juzgan aquel triunfo del instinto, que les consuela, como una cosa retrasada, de primitivos.

Es el mismo fenómeno que ocurre, especialmente, en el género teatral llamado chico. El hombre del pueblo triunfa siempre, o casi siempre. El señorito huye o tiene que esconderse, corrido y derrotado. Todo el mundo aplaude este trastoque de la realidad. Y no es raro que los propios señoritos, de quienes se supone haber hecho la caricatura, crean que aquello está muy bien.

El espectador atento no sabe qué pensar de todo esto. ¿Es una reacción contra el triunfo real de los señoritos el aplauso a lo contrario en la ficción?

En los dramas rurales que se llevan a la pantalla, hechos generalmente en las ciudades, y por hombres que no han estado nunca en el campo, se presentan las cosas de un modo descabellado. El hombre de ciudad acude a verlos con evidente curiosidad. Se juzga muy por encima de todo aquello, pero aplaude y cree que no se puede hacer nada mejor.

Cuando, después de una propaganda ruidosa de alguna de estas obras, acudimos a verla, nuestro desencanto es tan grande como justificado. Ni aquello puede ocurrir en el campo, ni las gentes del campo son de aquel modo, ni hay nada, en todo el curso de la obra, en cuanto a arte y belleza, que valga la pena. Solamente folletín y melodrama: eso son, en general, semejantes dramas rurales, que no tienen nada de drama, ni nada de rural, ni nada de nada.

Se habla mucho estos días de una zarzuelilla recién estrenada. He ido a verla. ¡Otro drama rural, con todas las agravantes de estupidez! Antes, cuando se trataba de perpetrar una tontería de esta naturaleza, solían ponerse de acuerdo, para ello, dos personas: un músico y un libretista. En el caso de esta zarzuelilla, han sido cuatro: dos músicos y dos libretistas. A pesar de ese aumento de responsables, no corresponde a cada uno de ellos menor parte de tontería: creció ésta en la misma proporción que los autores.

JULIO BARCO



## LIBROS RECIBIDOS

**El fundamento de la Moral, Filosofía del Vegetarismo, La Clave del Misterio**, por Carlos Brandt.—En estos tres libros, pulcramente editados por la Librería Síntesis, de Barcelona, el autor expone un sistema filosófico de su creación, del cual se desprende que el fundamento de la Moral estriba en favorecer la ley de la conservación de la vida.

Para Brandt, moral y bueno es una misma cosa, y después de procurar demostrarnos en *El fundamento de la Moral* que éste radica en favorecer la ley de la conservación de la vida, se esfuerza en *Filosofía del Vegetarismo* en trazar el camino a seguir para favorecer dicha ley; camino que, a juicio del autor, no es otro que el retorno a la Naturaleza, adoptando una existencia sencilla y sana, a la que nos conducirá la práctica consciente de un naturismo racional. Finalmente, en *La Clave del Misterio* analiza, o mejor, expresa su concepto de la voluntad, llegando a la conclusión de que el individuo no será libre y moral en tanto no adopte la teoría del sacrificio, anulando sus pasiones en beneficio de la colectividad.

Para los amantes de este género de estudios, serán estas obritas, escritas con mucha sencillez de lenguaje, un manjar selecto. El lector atento hallará en ellas contradicciones de bulto, que nosotros no nos entretendremos en señalar; pero, desde luego, apreciará en ellas la generosidad y amor al prójimo, que resalta de un modo notable en todas sus páginas.

**El monstruo del agua**, por Mihjai Tican Rumano.—Es una narración llena de vida, de un viaje que realizó el autor por el río Congo, en el Continente africano. Tican narra con sobriedad y buen gusto, y el libro resulta, en general, interesante y ameno en grado sumo.

Los aficionados a este género de lecturas harán bien en leer este libro, que une, a la emoción de los episodios a que da lugar la caza del hipopótamo, hermosas descripciones de los paisajes de África y de las costumbres de sus indígenas, todo ello narrado con sencillez y buen gusto muy estimables.

**Dos cuentos de niños precoces**, por

Alvaro Yunque.—Dos narraciones breves, pero muy interesantes, en las que Yunque se revela como un buen cuentista y como un agudo y atento observador de los niños, forman este tomito que nos ofrece la Editorial HOY, de Buenos Aires.

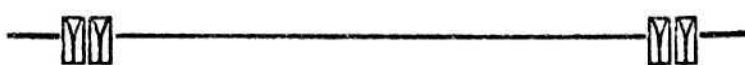
Es muy difícil acertar en este género de literatura que Alvaro Yunque cultiva con singular acierto, logrando que sus relatos, llenos de vida y pietóricos de intensidad emotiva, agraden por igual a chicos y grandes. Nada perderá el que se decida a leer las producciones de este escritor.

**No cometas más faltas de Ortografía**, por Francisco Santano.—He aquí un Manual práctico que debe consultar todo el que desee escribir con pulcritud y esmero y no haya tenido ocasión de aprender bien las reglas ortográficas. En este Manual, editado por la Editorial LUX, de Barcelona, todas las reglas están expuestas con claridad y concisión, y seguidas de ejemplos prácticos que las hacen sumamente accesibles a todos, sin gran esfuerzo.

**Estrofas viriles**, por Juan Torres.—Rebeldías, ternuras, ideales generosos, protestas santas, aspiraciones nobles, todo esto encerrado en la gracia primorosa de unos versos fáciles y muy bien medidos, contiene este librito editado por la revista pedagógica *Satmiento*, de Rosario de Santa Fe.

Bien salta a la vista que, al escribirlas, el autor no pensó en halagar los sentidos del lector satisfecho, sino que se propuso obligar a pensar y a sentir y conmoverse con los mismos motivos que hirieron la sensibilidad del poeta.

En todas las composiciones que integran el libro, vibra, al par de una belleza sorprendente, un amor ardiente hacia ideales generosos, un optimismo sano, y una protesta viva contra el dolor y la injusticia.



### Educación sexual y diferenciación sexual

POR EL DR. GREGORIO MARAÑÓN

El prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y trascendencia del problema de los sexos que este librito plantea.

Precio 50 cts. Pedidos a esta Administración.

SELECCIÓN LITERARIA

**La Novela Mensual de ESTUDIOS****El sueño de un hombre ridículo****Por Fedor Dostolevski**

## I

Soy un hombre ridículo. Ahora me llaman loco. Sería un título superior si no continuaran considerándome ridículo. Pero ahora, ya no me enfado, ni cuando se burlan de mí. Todos son muy amables conmigo, hasta cuando se burlan. De buena gana me reiría con ellos, no tanto por mí mismo, cuanto por serles agradable, si no experimentara una tristeza tan grande al contemplarlos. Tristeza porque no conocen la verdad, esa verdad que yo conozco. ¡Qué penoso es conocerla! Sólo yo. Pero ellos no comprenderían. No, no comprenderían.

Antes sufría mucho al comprender mi ridiculez. No lo parecía; lo era. Siempre fuí ridículo y sé que lo soy; sin duda, de naci niento. No tendría, tal vez, más de siete años cuando comprendí que era ridículo. En seguida estudié en la Universidad, y cuanto más estudiaba más comprendía que era ridículo. De modo que toda mi ciencia universitaria parecía no existir más que para probarme, a medida que profundizaba en ella, que yo era ridículo. Y con la vida sucedió lo mismo que con la ciencia.

Cada año iba adquiriendo más la certeza que, desde todos los puntos de vista que me presentase, aparecía como un ente ridículo. Todos se burlaron de mí, siempre y en todas partes; pero ninguno hubiera podido sospechar que, si había en el mundo alguien capaz de comprender mejor que nadie mi ridiculez, ese era yo. De suerte que experimentaba cierto despecho al comprobar que nadie lo sospechaba.

La culpa la tuve yo, porque mi orgullo me impedía confesar mi secreto. Con los años se ha acrecentado este orgullo, hasta un punto tal que, si hubiera tenido la debilidad de confesar que era ridículo en presencia de cualquiera, estoy seguro que aquella misma noche me habría saltado la tapa de los sesos.

Cuando era adolescente sufría pensando que no podría resistir y que, de pronto, tendría que confesárselo a mis compañeros. Pero conseguí, siendo joven, por una razón o por otra, tranquilizarme, aunque cada año estuviese más y más convencido de mi terrible singularidad. Precisamente porque no ignoraba entonces el porqué y el cómo. Acaso lo achacaba a la inmensa melancolía que se apoderó de mi alma a consecuencia de una circunstancia infinitamente superior a mí: la convicción, arraigada desde aquel momento, que aquí abajo todo carece de importancia. Desde hace mucho tiempo lo sospechaba, pero de pronto adquirí la certeza plena y absoluta de un modo claro y preciso.

Comprendí bruscamente que me sería indiferente que el mundo existiese o que no hubiera nada en ninguna parte. Comenzaba a percibir y a sentir que, en el fondo, nada existía para mí. Hasta entonces, siempre me había parecido que muchas cosas habían existido antes que yo. En



aquel momento me apercibía de que nada había existido antes, o mejor dicho, que no existían más que apariencias. Poco a poco adquirí la convicción de que nunca existiría nada. Dejé entonces de irritarme contra los hombres y acabé por no prestarles atención. Esta disposición se manifestaba en las circunstancias más mezquinas de la vida: por ejemplo, a veces me sucedía, al caminar por las calles, que tropezaba con la gente. No era que estuviera absorto en algún pensamiento; entonces no pensaba en las cosas en que hubiera debido pensar: todo me era indiferente. ¡Si al menos hubiese tenido la solución de los problemas! No había resuelto ninguno. ¡Y bien sabe Dios cuántos se presentaban a mí espíritu! Pero todo me era indiferente. Los problemas se iban arrastrados por la corriente.

Ahora, he aquí que ya sé la verdad. La supe en el pasado noviembre, el 3 de noviembre exactamente, y desde entonces la tengo constantemente presente en mí memoria. Fué una noche sombría, la noche más sombría que puede imaginarse.

Regresaba a mi casa hacia las once de la noche, lo recuerdo, y justamente iba pensando que era imposible encontrar una noche más sombría. Había estado lloviendo durante todo el día, con una lluvia muy fría y muy lúgubre, una especie de lluvia amenazante, me acuerdo de ello, llena de hostilidad hacia los hombres, cuando súbitamente, hacia las once, cesó, mientras se elevaba una niebla atroz, más húmeda y más fría que el caer de la lluvia. Una especie de vapor se desprendía del pavimento de la calle, de cada callejuela, cuando se miraba hacia lo lejos, en perspectiva de un extremo a otro de la calle. De pronto me pareció que si el gas se hubiese apagado en todas partes, la impresión hubiera sido menos desoladora, porque los resplandores del gas entristecían el corazón alumbrando todo aquello.

No había comido aquel día y acababa de pasar la velada en casa de un ingeniero con otros dos amigos. Estuve silencioso y me pareció que les mortificaba. Había manifestado propósitos incendiarios y algunas veces se dejaban arrebatados por la cólera. Pero, en realidad, todo aquello les era indiferente y si se enfadaban era por fórmula. Lo veía claro. De pronto, les dije: "Señores, en el fondo, todo os es indiferente." No me hicieron caso y se contentaron con reírse de mis palabras. Lo dije sin el más ligero tono de reproche, sencillamente porque me parecía que les era indiferente. Se dieron cuenta de la indiferencia y les atacó un acceso de risa.

Cuando en la calle hice aquella reflexión respecto a los resplandores del gas, levanté la vista al cielo. Toda la bóveda se extendía terriblemente sombría, pero se vislumbraban las nubes en fragmentos surcados por enormes manchas negras. De pronto, descubrí en una de aquellas manchas una estrellita y me puse a contemplarla fijamente. Es que, en realidad, aquella estrella acababa de despertar en mí una idea. Resolví suicidarme aquella noche. Abrigaba este propósito desde hacía dos meses, y aunque era muy pobre, había comprado un hermoso revólver que me apresuré a cargar en el mismo día. Pero habían pasado dos meses y el revólver dormía siempre en el cajón. Todo me era indiferente, hasta tal punto, que tenía deseos de que llegara el momento en que todo esto me pareciese menos indiferente. ¿Por qué? Lo ignoro. De modo que desde hacía dos meses, todas las noches, cuando emprendía el regreso a casa, pensaba en saltarme los sesos. No esperaba más que el momento favorable. Y he aquí que la estrellita me sugería una idea: resolví que sería aquella noche sin falta. Por qué la estrellita despertaba aquella idea en mí, lo ignoro por completo.

Y fué entonces, mientras miraba hacia el cielo, cuando una niña me cogió por el codo. La calle estaba desierta a aquella hora, o por lo menos, no pasaba casi nadie. A lo lejos, un cochero dormitaba en el pescante. La niña podría tener ocho años, locada con un pañuelo, vestida pobremente, estaba chorreando; pero, sobre todo, me fijé en sus zapatos agujereados por los que entraba el agua, y aun en este momento me acuerdo de ello. Habían atraído singularmente mi mirada. La niña se puso a tirarme del brazo, llamándome. No lloraba; me llamaba con voz entrecortada, deslizando palabras que no acababa de pronunciar a causa del frío que la hacía tiritar. Parecía asustada por algo y gritaba con desesperación: "¡Mamá! ¡Mamá!" Volví la mirada hacia ella, pero no la dije palabra y continué mi camino: corrió detrás de mí, tirándome del brazo, mientras de su garganta se escapaba un sonido ronco, el mismo que en los niños asustados

descubre la desesperación. Conozco ese acento. Aunque no pronunciara palabras, comprendí que su madre agonizaba en aquel momento en algún sitio o que algo por el estilo la ocurría. Ella había corrido a buscar a alguien, a algo con que socorrer a su madre. Sin embargo no la seguí: al contrario, se me antojó súbitamente rechazarla. Primero la dije que fuese a buscar a un policía. Pero, en el acto, ella juntó sus manecitas y, deshaciéndose en sollozos, anhelante, continuó a mi lado, sin dejarme. Entonces la insulté, golpeando el suelo con el pie. Ella gritó solamente: "¡Señor, señor!" Pero de pronto me abandonó para atravesar la calle como una flecha. A lo lejos acababa de aparecer, sin duda, otro transeúnte y ella me dejaba para acudir a él.

Subí la escalera que conduce al quinto piso de la casa en que habito. El piso es un departamento amueblado, ocupado por varios inquilinos. Mi alcoba es pequeña y pobre, no teniendo más ventanas que el medio punto de una buharda. Poseo un sofá recubierto por un hule, una mesa sobre la cual se encuentran unos libros, dos sillas y un antiguo sillón deteriorado, pero que podía convertirse en lecho. Me senté, encendí la vela y me puse a ensoñar. En la habitación vecina, al otro lado del tabique, se desarrollaba una saturnal. Duraba ya dos días. ¿Quién vivía allí? Un capitán retirado. Había recibido visitas, una docena de golfos que tragelaban aguardiente y jugaban al faraón con una baraja manoseada. Habiendo surgido una disputa la noche anterior, sabía que dos de ellos se habían golpeado largo rato. La casera hubiera presentado de buena gana una denuncia, pero el capitán la asustaba. No había además otros inquilinos que una pobre señora, enfermiza y enclenque, viuda de un oficial, madre de tres niños pequeños que, apenas hundidos en aquel cuchitril, habían caído enfermos. Los niños y ella tenían tal miedo del capitán que pasaban la noche temblando y rezando; el menor tuvo hasta un ataque nervioso. Yo sabía que aquel capitán se acercaba a los transeúntes en la Avenida Nevski para pedirles una limosna.

Nadie se hubiera atrevido a confiarle el empleo más insignificante, y sin embargo, cosa extraña (y para hacerlo observar, hablo de él), en el mes largo que aquel capitán habitaba cerca de nosotros, nunca había despertado en mí el menor sentimiento de repulsión. Es verdad que, desde el primer día, me guardé de trabar relaciones con él, y además se hubiera aburrido en mi compañía. Pero podían producir el escándalo que quisieran al otro lado del tabique. Por muy estrepitoso que fuese, me era indiferente.

De ordinario, no me acostaba en toda la noche y, a decir verdad, no les oía, hasta el punto de que llegaba a olvidarme de su presencia. No puedo dormirme antes del amanecer: ¡y pensar que esto dura ya hace un año! Paso, pues, la noche ante la mesa, sentado en el sillón, sin hacer nada. Sólo leo durante el día. Permanezco sentado, sin pensar en nada, dejando a mis pensamientos vagabundear a merced de su fantasía. La vela se consume hasta el fin. Aquella noche, me senté ante la mesa silenciosamente, cogí el revólver y lo coloqué cerca de mí. En el momento en que lo colocaba, me acuerdo que me pregunté: "¿Es seguro?" y que me contesté de modo afirmativo y categórico: "Sí, es seguro." En otras palabras: me mataré. Sabía que aquella noche me mataría con toda seguridad, pero ¿cuánto tiempo aún debería permanecer sentado frente a la mesa esperando el último momento? Eso sí que no la sabía. Y seguramente me hubiese matado, a no ser por el encuentro con aquella niña.

## II

Observarán ustedes, que, aunque todo me fuese indiferente, no por eso dejaba de ser sensible, al dolor, por ejemplo. Si alguien me hubiese golpeado, habría experimentado un sufrimiento. Igual desde el punto de vista moral, si me hubiera sucedido algo muy desagradable, habría experimentado el mismo sentimiento de antes, cuando en la vida todo se me había convertido en indiferente. También, hacía poco, había experimentado piedad: ciertamente hubiera podido socorrer a aquella niña. ¿Por qué no la había socorrido? Por la sencilla idea que se me ocurrió,



mientras me tiraba de la manga y me llamaba y por otra pregunta que se me había presentado y a la cual no había sabido contestar. Pregunta ociosa, pero que me irritaba. La irritación provenía de este razonamiento: si había resuelto quitarme la vida aquella noche misma, todo en la vida hubiera debido, por consiguiente, y mucho más en aquellos momentos, parecerme indiferente. ¿Por qué había sentido, de pronto, que todo no me era indiferente, que compadecía a aquella niña? Recuerdo que la compadecía extraordinariamente hasta sufrir por ella, de modo que no cuadraba con mi situación. En realidad, no consigo describir la breve sensación que experimenté entonces, pero la sensación persistió hasta mi casa y me senté ante la mesa en un estado de irritación peor que el de antes.

Los razonamientos se encadenaban a los razonamientos: "Es claro, me decía, que si soy un hombre, no soy un cero, y mientras no sea cambiado en cero, vivo, y por consiguiente, puedo sufrir, irritarme, avergonzarme de mis acciones. Es verdad, pero si me mato dentro de dos horas ¿qué me importan ni la niña, ni la vergüenza ni lo demás? Seré reducido a cero, a cero absoluto. ¿Es posible que la consciencia de saber que pronto habré "completamente" dejado de existir, que nada, por tanto, existirá ya en el mundo, ejerza la menor influencia, no sólo sobre mi sentimiento de piedad hacia la niña, sino respecto del sentimiento de vergüenza por la bajeza que acabo de cometer? Porque, al fin, al golpear con el pie, insulté a la pobre niña y cometí esta bajeza inhumana para probar que era insensible a la piedad y también porque todo debía acabar dos horas después. ¿Creen ustedes francamente que fué por eso por lo que chillé? Casi estoy tentado a creerlo en este momento.

Me representaba de modo muy claro que la vida y el mundo no dependían más que de mí. Hasta podía decirse, en realidad, en aquel momento, que el mundo no había sido criado más que para mí. Si me levantaba la tapa de los sesos, el mundo dejaría de existir, al menos para mí.

Y puede suceder que, en efecto, nada exista para nadie después de mí, y que el mundo entero, una vez que se haya abolido mi consciencia, se desvanezca como un fantasma, puesto que no es más que el objeto de mi consciencia, y que se aniquile, puesto que todo el mundo y todos los hombres acaso no sean más que yo mismo que soy todo ello.

Recuerdo que, sentado y reflexionando, decidía sucesivamente todas estas interrogaciones y las examinaba desde otros puntos de vista diferentes, descubriéndoles aspectos nuevos por completo. Por ejemplo, una idea atrevida se presentó a mi cerebro. Supongamos, me decía, que en otro tiempo hubiese vivido en la Luna o en el planeta Marte, y que allá hubiese cometido uno de esos crímenes especialmente repugnantes y deshonorosos, lo peor que pueda imaginarse; supongamos que me convierto en un objeto de vergüenza y de oprobio, tal como sólo puede imaginarse cuando se duerme, en una pesadilla: si, al despertarme de pronto sobre la tierra, hubiese consciencia de lo que hice en otro planeta y poseyese la certidumbre de no regresar jamás, sucediese lo que sucediese, ¿es que "todo" no me sería completamente igual, al considerar desde aquí abajo "la Luna"? ¿Experimentaría arrepentimiento al recuerdo de mi crimen, o no?

Preguntas ociosas y fuera de lugar, puesto que el revólver estaba delante de mí y que, desde lo más íntimo de mi ser, sabía que "aquello" se realizaría, pero me provocaban fiebre y mi agitación llegaba al paroxismo. En cierto modo me era imposible morir al presente, antes de haber encontrado la solución de cierto problema. En una palabra, aquella niña me había salvado, puesto que de pregunta en pregunta, eludía el tiro del revólver. Entretanto, también en casa del capitán todo había entrado en la calma. Dejaron de jugar a las cartas, disponiéndose a dormir y ya no se oían más que algunos ronquidos y algunos insultos que se dirigían con voz somnolienta. Entonces fué cuando me dormí de pronto, lo que nunca me había ocurrido hasta entonces, ante la mesa, en el sillón.

Me dormí, sin darme cuenta. Nadie ignora que los sueños son algo extraordinariamente raro: a algunos se presentan con la más espantosa claridad, con detallada precisión de minuciosa orfebrería; en otros, sin darnos cuenta, salvamos el espacio y el tiempo. En apariencia, no es la razón lo que provoca el sueño, sino el deseo, la cabeza, el corazón, y sin embargo, ¡qué pruebas de sutileza ha dado a veces mi razón en sueños! Realiza también verdaderos esfuerzos que no pueden

comprenderse. Por ejemplo, a mi hermano, fallecido hace cinco años, le veo a veces en sueños, toma parte en mis trabajos, a los que aportamos el mayor interés y, sin embargo, ni una sola vez, en el transcurso de mis sueños, pierdo de vista que mi hermano está muerto y enterrado. ¿Cómo es posible que no me sorprenda, sabiendo que está muerto, el verle sentado a mi lado, ocupado en el mismo trabajo? ¿De dónde proviene que mi razón acepte fácilmente todo esto? Pero, ya basta. Vuelvo a mi sueño. Sí, entonces fué cuando tuve aquel sueño, mi sueño del 3 de noviembre.

Algunos se burlan hoy de mí, pretendiendo que no se trataba más que de un sueño. ¿Pero no es igual que se tratase de un sueño o no, si aquel sueño fué para mí revelador de la verdad? Sí, de una vez para todas sorprendí la verdad; esto significa que se trata de la verdad, que no puede existir otra, ya se presente en sueños, ya en la vida real. ¿Qué importa, pues, que no fuera más que un sueño? En cambio, vosotros colocáis, por encima de todo, esta vida, y yo estaba dispuesto entonces a suprimirla con su mentira de un tiro, mientras que mi sueño, ¡oh!, mi sueño se ha convertido para mí en anunciador de una vida nueva, inmensa, regenerada y fuerte.

### III

Escuchad. Dije que me había quedado dormido sin darme cuenta y que continuaba razonando sobre los mismos asuntos. De pronto soñé que cogía el revólver y que, permaneciendo sentado, lo apoyaba contra mi corazón, contra mi corazón, y no contra mi cabeza. Y sin embargo, yo había resuelto alojarme una bala en la sien izquierda. Después de haberlo aplicado contra el pecho, esperé uno o dos segundos, y la vela, igual que la mesa y el muro de enfrente, se movieron y vacilaron. Me apresuré a hacer fuego.

Sucede a veces que, en sueños, caéis de muy alto, os hieren u os pegan, pero no experimentáis nunca dolor, a menos que no tropecéis por casualidad con los hierros de la cama, lo cual no puede dejar de causaros dolor. Así, pues, me pareció, después del tiro, sentir una conmoción y que todo se extinguía bruscamente. Continué sumergido en tinieblas espantosas. Fué como si me hubiese quedado ciego y sordo. Después me vi tendido bajo un cuerpo duro, de espaldas, sin ver nada y sin poder hacer el menor movimiento.

A mi alrededor andan, gritan, el capitán jura, la inquilina chilla. Y después de otra interrupción, he aquí que me llevan en un ataúd descubierto. Siento debajo de mí cabecear el féretro, reflexiono sobre este hecho y por primera vez me sorprende la idea de que estoy muerto, muerto por completo. No cabe la menor duda, no veo, no hago el menor movimiento y, sin embargo, siento y razono. Pero, según la lógica de los sueños, me acostumbro en seguida y admito sin discusión la realidad.

Y he aquí que me dejan en tierra. Todos se retiran, quedo solo, completamente solo. No estremece un músculo. Antes, durante mis veladas, cuando me imaginaba cómo estaría en la tumba, siempre asociaba a esta idea, por encima de todo, una sensación de humedad y de frío. Así sentía ahora que tenía mucho frío, sobre todo en los dedos de los pies, pero no experimentaba nada más.

Permanecía echado y, cosa extraña, no esperaba nada, admitiendo, sin comprobarlo, que un muerto no debe esperar nada. Pero hacía humedad. Ignoro cuánto tiempo pasó, una hora, varios días o acaso muchos días. Y he aquí que, de pronto, sobre mi ojo izquierdo, que estaba cerrado, cayó, a través de la tapa del ataúd, una gota de agua, después otra y así sucesivamente cada minuto. Un profundo sentimiento de despecho se apoderó de mi corazón, en que de repente percibí un malestar físico: "Es la herida, pensé yo, es el tiro que me he disparado; allí está la bala." Y la gota continuaba de minuto en minuto. Caía recta sobre el ojo cerrado.

Entonces, de repente, interpelé, no con la voz, puesto que estaba inerte, sino con todo mi ser, al Arbitro de Todo, del cual era juguete: "Tú, quienquiera que seas, admitiendo que seas y que



exista algo más razonable que eso de que soy juguete, permite que aquí esto se concluya. Si es para vengarte de mi suicidio inepto por lo que me infliges esta irrisión y este absurdo de supervivencia, jamás, sea el que sea el tormento que pueda serme aplicado, igualará al desprecio silencioso que experimentaré, aunque durase este martirio millares de años."

Así dije y me callé. Se deslizó un minuto en el más profundo silencio y todavía cayó una gota más, pero yo sabía, sabía con certeza absoluta e imperturbable, que todo debía cambiar en el mismo instante. Y he aquí que, de pronto, el ataúd se abrió. Es decir, ignoro si fué abierto y desocupado, pero me sentí cogido por un Ser oscuro y desconocido para mí y nos encontramos en medio del espacio. Bruscamente me fué devuelta la vida; la noche era profunda, y nunca jamás hubo hasta entonces tinieblas similares. Eramos arrebatados a través del espacio, ya muy lejos de la tierra. No pregunté al que me llevaba. Esperé, encerrado en mi orgullo; estaba seguro de no tener miedo y me estremecía de entusiasmo ante la idea de que no tenía miedo.

No recuerdo cuánto tiempo volamos y no puedo calcularlo: todo este ocurrió como suele suceder en los sueños, cuando se salvan el tiempo y el espacio, violando todas las leyes del ser y de la razón, y cuando no nos detenemos más que en los sitios que el corazón desea. Recuerdo que de pronto descubrí en la oscuridad una estrellita. "¿Será Sirio?" me ví obligado a preguntarme; siendo así que no hubiera querido preguntarlo. "No, es la misma estrella que miraste, cuando regresabas a casa", me respondió el Ser que me llevaba. Sabía que era de apariencia humana. Cosa extraña, no amaba a aquel Ser que, por el contrario, me inspiraba una profunda aversión. Esperaba la nada absoluta y para ello me había alojado una bala en el corazón. Y he aquí que me encontraba en brazos de un ser, no humano seguramente, pero que era, que existía.

"Hay, pues, otra vida más allá de la tumba", pensaba en el extraño aturdimiento del sueño, pero mi corazón no por eso dejaba de conservar en el fondo su virtud esencial: "Si debo existir otra vez y revivir por efecto de una voluntad invariable, no quiero ser vencido ni humillado." "Sabes que te temo y por eso me desprecias", dije de repente a mi compañero sin poder ocultar la humildad de la pregunta en que se descubría una confesión y sintiendo que esta cobardía me atormentaba el corazón como el pinchazo de un alfiler. No contestó a mi pregunta, pero comprendí súbitamente que no me despreciaba, que no se burlaba de mí; que ni siquiera sentía piedad por mí, que nuestro viaje se dirigía a un fin desconocido y misterioso, que no atañía a nadie más que a mí solo. Crecía el terror en mi corazón.

El mutismo de mi compañero se me comunicaba, penetrándome, no sin dolor, con su presencia silenciosa. Ibamos arrastrados, por en medio de tinieblas insondables. Hacía mucho tiempo que había dejado de ver las constelaciones familiares a mis ojos. Sabía que existían en el cielo estrellas, cuyos rayos no podían llegar a la tierra hasta dentro de millares y de millones de años. Acaso habíamos salvado ya esos espacios. Esperaba algo, lleno de un sufrimiento nostálgico que me oprimía el corazón. Y de pronto me sacudió fuertemente un sentimiento muy conocido y profundamente evocador. ¡Volvía a ver a nuestro sol! Sabía que no podía ser nuestro sol, el que engendra "nuestra" tierra y que nosotros nos hallábamos a una distancia infinita de nuestro sol; pero comprendía que era un sol absolutamente idéntico al nuestro, algo así como su eco y su doble.

Una inmensa ternura inundó mi alma, invitándola al entusiasmo: la luz del que me había engendrado encontraba eco en mi corazón y lo resucitaba y sentía el retorno de la vida, de la vida antigua, por primera vez desde que había descendido a la tumba.

"Pero si es el sol, exactamente el mismo sol que el nuestro, exclamé, ¿dónde está la tierra?" Y mi compañero me señaló una estrella parecida a una esmeralda y que destellaba en medio de la noche.

Volábamos en línea recta hacia ella.

"¿Cómo? ¿Son posibles semejantes retornos en el universo y acaso puede ser tal la ley de la naturaleza? Y si es una tierra, ¿es posible que sea la misma tierra que la nuestra?... ¿Idénticamente semejante, tan desgraciada, tan pobre y sin embargo, tan querida, eternamente amada, una tierra que, como la nuestra, sepa hacerse amar, hasta por sus hijos más ingratos?..." gritaba yo, estreme-

ciéndome con un amor irresistible, entusiasta hacia aquella tierra natal, de la cual había desertado. La imagen de la pobre niña ofendida pasó, como un rayo, por delante de mí.

Lo sabrás todo, me contestó mi compañero y en sus palabras se percibía como un acento de tristeza.

Pero nos acercábamos rápidamente al planeta. Iba creciendo ante mi vista y ya se distinguían el Océano, los contornos de Europa, cuando, de repente, un extraño sentimiento de celos (celos nobles y sagrados) se apoderó de mi corazón. ¿Cómo es posible, me dije, semejante repetición y para qué puede servir? Amo, no puedo por menos de amar a esta tierra que abandoné, sobre la que quedaron las salpicaduras de mi sangre cuando, hijo ingrato, puse fin a mi vida por un tiro disparado en mitad del corazón. Pero nunca, jamás dejé de amar esta tierra, ni aun en la noche en que la dije "adiós". Acaso la amaba entonces con un amor más desconsolador que nunca. ¿Existe el dolor en la nueva tierra? Allá abajo, en nuestra tierra, no podemos amar de otro modo, no podemos conocer otro amor. ¡Invoco al dolor, a fin de poder amar, siento deseos, siento sed de besar llorando a esta tierra que he abandonado y no quiero vivir, me niego a vivir en ninguna otra!...

Pero ya mi compañero me había dejado. Sin darme cuenta, bruscamente, me encontré, sobre esta otra tierra, entre la deslumbrante luz de un día de sol, hermoso como el paraíso. Me encontraba, al parecer, sobre uno de esos islotes que forman en nuestra tierra el archipiélago griego, o en algún otro sitio sobre las ruínas de un continente cercano al Archipiélago. En aquellos lugares todo estaba exactamente como entre nosotros y, sin embargo, todo resplandecía con una especie de alegría, grave y solemne, que llegaba a lo sublime.

Un mar de esmeralda se deshacía suavemente sobre la playa, acariciándola con amor visible, carnal y casi consciente. Árboles de copas magníficas se levantaban con toda la lujuria de su savia y sus innumerables hojitas estoy seguro de que me saludaban con sus gratos rumores y me parecía que balbuceaban palabras de amor. Brillaba la pradera con ardiente y suave floración. Los pájaros atravesaban el aire en bandadas y venían, sin temor, a posarse sobre mis hombros y mis manos con alegre batir de alas temblorosas.

Después descubrí los habitantes de esta tierra feliz. Se acercaron a mí, por su propia voluntad, me rodearon, me abrazaron. Hijos del sol, hijos de su sol, ¡qué hermosos eran! Nunca, en nuestra tierra, había visto tanta belleza en el hombre. Apenas en nuestros niños, y eso en los primeros años, podía entreverse como un reflejo lejano, aunque débil, de esta belleza. Los ojos de estos dichosos brillaban con puro destello. Irradiaban sus rostros la sabiduría y la consciencia, una consciencia que había llegado a la perfecta serenidad, pero los rostros permanecían alegres y una alegría infantil resonaba en las palabras y en las voces de aquellos seres.

Desde la primera mirada, lo comprendí todo. Aquella era la Tierra, antes de haber sido manchada con el pecado original; sus habitantes no conocían el mal; vivían en el mismo Paraíso en que, según las tradiciones de la humanidad entera, vivieron nuestros antepasados culpables, con la única diferencia que la tierra era aquí con todos sus componentes un solo e igual paraíso. Aquellos hombres de sonrisa alegre se agolpaban a mi alrededor, pródigos de caricias. Me llevaron a sus casas y todos hubieran deseado proporcionarme el descanso. No me preguntaron, parecía que lo sabían todo y que no tenían más que un deseo: borrar lo más pronto posible el sufrimiento grabado en mi fisonomía.



## IV

Ya lo veis una vez más: no importa que fuera un sueño. El amor de aquellos seres inocentes y magníficos, produjo en mí una impresión perdurable y siento que para siempre su amor fluye desde allá sobre mi alma. Porque por mí mismo los conocí, los amé, sufrí por ellos después. ¡Oh! En seguida me dí cuenta, desde el primer instante, que no podía comprenderlos en muchos puntos: por ejemplo, no conseguía hacerme a la idea, yo, progresista, ruso moderno y fétido petersburgués, de que ellos, que sabían tantas cosas, pudiesen despreciar nuestra ciencia. No tardé en comprender que su conocimiento era perfecto, que se apoyaba y se reglamentaba por otras intuiciones que las nuestras y que sus aspiraciones eran muy diferentes. No sentían el deseo y en su serenidad no aspiraban, como nosotros, a conocer la vida, puesto que habían llegado al estado de perfección.

Su conocimiento era más profundo y más elevado que nuestra ciencia, porque nuestra ciencia trabaja para explicar lo que es la vida, se esfuerza en conocerla para enseñar a vivir a los demás. Ellos, para saber cómo debían vivir, no tenían ninguna necesidad de ciencia: eso lo comprendía sin poder alcanzar su conocimiento. Se dirigían a los árboles y no podía comprender por qué los miraban con tanto amor, hablándoles como si se hubiesen dirigido a hombres semejantes a ellos. Porque no creo equivocarme, podéis estar seguros, al decir que les hablaban. Sí, habían descubierto su idioma y estoy cierto de que ellos les entendían. Tal era su modo de comprender la Naturaleza.

Vivían en paz con los animales, sin hacerles daño alguno, les acariciaban, habiéndoles domesticado por el amor. Me enseñaban las estrellas y me hablaban de ellas, diciéndome cosas que no podía comprender; pero estoy persuadido de que comunicaban con las estrellas del cielo, no solamente por medio del pensamiento, sino por medio de alguna vía viviente. ¡Oh! Aquellos seres no intentaban que les comprendiese: sin ello me amaban, pero, en desquite, sabía que ellos tampoco me comprendían y por eso casi nunca les hablaba de nuestra Tierra. Me contentaba con besar en su presencia la tierra en que vivían y hasta, sin decir palabra, los adoraba. Ellos lo veían y se dejaban adorar sin avergonzarse de mi devoción, porque estaban plenos de amor. No sufrían ni cuando llorando besaba a veces sus pies, por la certeza alegre que poseían en su corazón de corresponder a mi amor con el poderío del suyo.

A veces me preguntaba con sorpresa cómo era posible que, durante todo aquel tiempo, no hubiesen conseguido ni una sola vez ofender a un ser como yo, ni despertar en mí sentimientos de celos o de envidia. Muchas veces me pregunté cómo pude, yo, jactancioso y embustero, no hablarles nunca de conocimientos de los cuales no hubiesen tenido la menor idea, cómo no sentí deseos de asombrarles, aunque no fuese más que por amor hacia ellos. Alegres jugueteaban como niños. Vagaban por los bosques y los paseos maravillosos, cantaban hermosas canciones, se contentaban con una comida frugal: frutos de los árboles, miel de los bosques, leche de los rebaños. Poco trabajo les bastaba para el alimento y el vestido.

Participaban del amor en común y nacían los hijos, sin que jamás viese en ellos los transportes de esa voluptuosidad "cruel" que señala a casi todos los seres en nuestra tierra, a todos y a cada uno, y que es fuente de casi todos los pecados de nuestra humanidad. La aparición de los hijos les alegraba como la de otros tantos convidados a un festín de delicias. Jamás hubo querellas ni celos entre ellos ni siquiera sospechaban lo que esto significaba. Los hijos eran hijos de todos, puesto que todos constituían una sola familia.

Desconocían casi las enfermedades aunque conociesen la muerte, pero el anciano tenía una muerte apacible, como si se durmiera, rodeado de los suyos, bendiciéndoles, sonriendo y acompañando ellos mismos esa agonía con sus sonrisas luminosas. Jamás pude comprobar en ellos, en

tal ocasión, ni pesar ni lágrimas, no era más que un recrudescimiento del amor, que llegaba hasta el éxtasis, un éxtasis sereno, hay que reconocerlo, perfecto y contemplativo. Podía suponerse que continuaban aún más allá de la muerte en relación con sus difuntos y que la unión terrestre no se había interrumpido con la muerte. Apenas me comprendieron cuando les hablé sobre la vida eterna; pero se veía claramente que, sin comprenderlo del todo, estaban tan seguros de sí mismos que la pregunta no se les presentaba a ellos. No tenían templos y vivían en comunión constante con el gran Todo; no tenían religión, pero, sin embargo, sabían que, después de ser colmados de todas las alegrías de la tierra hasta el límite de la naturaleza terrestre, vivos y muertos, harían más amplio el contacto con el gran Todo. Esperaban este instante con alegría, sin prisa y sin nostalgia, más bien como si le poseyesen por los presentimientos de su corazón y esos presentimientos no dejaban de comunicárselos los unos a los otros.

Por la noche, antes de entregarse al sueño, gustaban de oír coros perfectos. Con cantos traducían las sensaciones que habían experimentado durante el día que se acababa y le bendecían al despedirse de él. Celebraban la naturaleza, la tierra, el mar, los bosques. Disfrutaban componiéndose cantos los unos a los otros, ensalzándose unos a otros como niños, con cantos muy sencillos, pero que, como provenían del corazón, llegaban a los corazones. Además, no era solamente con cantos como procuraban complacerse los unos a los otros, sino en todas las circunstancias de la vida. Una especie de amoroso fervor, universal y recíproco, les llenaba al uno del otro. Eran incomprensibles para mí algunos de sus himnos solemnes y triunfantes. Aunque consiguiese comprender las palabras, no conseguía penetrar en el sentido de las mismas. Era como algo inaccesible a mi espíritu; en cambio, mi corazón se henchía cada vez más, sin darse cuenta.

Muchas veces les decía que, en otros tiempos, había sentido ya todo aquello; que ya esta alegría y esta satisfacción se habían revelado en mí, cuando vivía sobre nuestra Tierra, en forma de tristeza nostálgica y que a veces llegaba hasta el malestar; que yo les había sentido a ellos y a su gloria en los anhelos de mi corazón y en los ensueños de mi espíritu; que, muchas veces, sobre nuestra Tierra no había podido contemplar, sin llorar, al sol poniente, que en mí odio hacía los habitantes de nuestra tierra siempre hubo como un sentimiento oculto. ¿Por qué no podía odiarles aunque no les amaba, por qué no podía por menos de perdonarles y por qué esta tristeza en el amor que experimentaba por ellos? ¿Por qué no podía amarles sin odiarles?

Me escuchaban y veía que no podían penetrar en el sentido de las palabras; pero no sentía de las palabras; pero no sentía habérselo dicho, sabiendo que comprendían mi tristeza, al pensar en aquellos a quienes había abandonado. No; cuando me contemplaban con su suave mirada repleta de amor, cuando en su presencia sentía que mi corazón se convertía en tan cándido y puro como el suyo, no lamentaba no comprenderles. Ante esta sensación de plenitud, mi aliento se suspendía y rezaba por ellos en silencio.

Sí, después todos se rieron de mí y dijeron que era imposible ver en sueños detalles tan minuciosos como los que describo en estos momentos, que durante mi sueño no había visto ni oído más que la única e igual sensación que suscitaba mi corazón en su delirio; y respecto a los detalles, que debía haberlos inventado, una vez despierto. Y cuando confesé que acaso todo pudo pasar así, ¡Dios mío! ¡qué carcajadas provoqué y cuánto les regocijé!

Efectivamente, según ellos, me encontraba bajo las sensaciones de aquel sueño que sólo se había conservado en mi corazón, herido hasta sangrar; por el contrario, las imágenes reales, las formas de mi sueño, es decir, aquellas que había visto efectivamente en aquellos momentos, eran de una perfección tan armoniosa, eran tan encantadoras y tan bellas, tan verídicas también, que al despertar no tuve fuerzas para encarnarlas en mis débiles palabras, de modo que no pudieron grabarse en mi espíritu, y por consiguiente podría ser muy bien que yo mismo, inconscientemente, me hubiese visto forzado a recomponer en seguida los detalles y, como es natural, deformándolos, sobre todo a causa del deseo pasional que tenía de contarlos lo más pronto posible como fuese. Pero, ¿cómo podría yo no creer que todo aquello fué realmente? Si acaso, fué mil veces más deslumbrador y alegre de lo que yo consiga contarlos.

Para que lo sepáis, voy a confiaros un secreto. Acaso no fué un sueño. Porque se produjo



algo, algo de una verdad tan horrible, que no pudo ser entrevista en sueños. Admitiendo que aquel sueño hubiese nacido en mi corazón, ¿habría tenido fuerza mi corazón para descubrir la horrible verdad de lo que sucedió más tarde? ¿Cómo hubiera podido imaginarlo yo solo o soñarlo en mi corazón? ¿Es posible que mi pobre corazón pueril, mi espíritu caprichoso y vano, pudiesen elevarse hasta el descubrimiento de la verdad? Juzgad vosotros mismos; hasta ahora lo había ocultado, pero al presente diré toda la verdad. Es que en realidad... los pervertí a todos.

## V

Sí, sí, acabé por corromperlos a todos. Ignoro cómo se realizó el hecho, pero conservo el recuerdo muy claro. Mi sueño, que ha franqueado millares de años, deja en mí una sensación de continuidad: sé solamente que fui yo la causa del primer pecado. Como una enfermedad infecciosa, un átomo de peste capaz de contaminar a todo un imperio, así contaminé con mi presencia una tierra de delicias, hasta entonces inocente.

Aprendieron a mentir y se complacieron en la mentira y saborearon la belleza de la mentira. Acaso comenzara todo ello muy inocentemente, por simple entretenimiento, por coquetería, como una especie de juego divertido, y acaso efectivamente por medio de algún átomo; pero este átomo de mentira se filtró en su corazón y les pareció amable. Poco después nació la voluptuosidad; la voluptuosidad engendró los celos; los celos, la crueldad... No sé... no me acuerdo bien... pero en seguida, muy pronto, saltó la sangre con la primera salpicadura, quedaron asombrados, aterrados, comenzaron a alejarse los unos de los otros, a separarse. Se formaron alianzas, pero, al presente, dirigidas las unas contra las otras. Se oyeron reproches y censuras. Conocieron lo que es la vergüenza y de la vergüenza hicieron una virtud.

El sentimiento del honor nació entre ellos y encima de cada alianza tremoló su estandarte. Empezaron a maltratar a las bestias y las bestias, alejándose de ellos para ganar el fondo de los bosques, se les convirtieron en hostiles. Se inauguró una era de luchas en favor del particularismo, del individualismo, de la personalidad, de la distinción entre lo tuyo y lo mío. Hubo diversidad de idiomas. Conocieron la tristeza y amaron la tristeza; aspiraron al sufrimiento y dijeron que la verdad no se adquiere más que por el sufrimiento. Y la ciencia hizo su aparición entre ellos.

Siendo malos, comenzaron a hablar de fraternidad y de humanidad y comprendieron esas ideas. Siendo criminales, inventaron la justicia y dictaron códigos voluminosos para defenderla; finalmente, para asegurar el respeto a los códigos, inventaron la guillotina. No conservaron más que un vago recuerdo de lo que habían perdido y no querían creer que, en otros tiempos, fueran inocentes y dichosos. No dejaban ocasión de burlarse de la posibilidad de su antigua felicidad, que calificaban de sueño. Ni siquiera podían representársela por formas sensibles o por imágenes, y, sin embargo, cosa maravillosa y extraña, aun habiendo perdido la fe en la antigua felicidad, aun suponiéndola cuentos de viejas, tan grande era su deseo de reconquistar la inocencia y la felicidad, que se arrodillaban ante las ansias de su corazón, deificaban esta aspiración, edificaban templos y dirigían plegarias a su "Deseo", sabiendo que nunca podría realizarse, pero sin cesar de adorarlo con oraciones y con lágrimas.

Sin embargo, si hubieran podido recuperar el estado de inocencia y felicidad perdido por ellos y se les hubiera preguntado si querían retornar a él, sin duda, hubieran rehusado. A esto me contestaban: "Somos embusteros, perversos e injustos; bien, lo sabemos. Por ello sufrimos y lloramos y nos imponemos castigos y tormentos peores acaso que los del Juez misericordioso que ha de juzgarnos y cuyo nombre ignoramos. Pero poseemos la ciencia y, gracias a ella, volveremos a encontrar la verdad, que aceptaremos esta vez conscientemente. El conocimiento es superior al sentimiento; la consciencia de la vida, superior a la misma vida. La ciencia nos concederá la sabi-

duría, la sabiduría nos revelará las leyes y el conocimiento de las leyes nos dará la felicidad y lo que está por encima de la felicidad."

Y después de afirmarlo volvían a amarse con amor más egoísta, porque les era imposible obrar de otra manera. Se sintió, entonces, cada uno tan celoso de su personalidad, que se esforzó en rebajar y humillar por todos los medios a los demás: fué para ellos cuestión de vida o muerte. Apareció la esclavitud y hubo la servidumbre benévola.

Los débiles se sometieron de buen grado a los más fuertes, con tal de que éstos les ayudasen a aplastar a otros más débiles que ellos mismos. Aparecieron justos que se acercaron a aquellos hombres para hablarles, llorando de su orgullo, recriminándoles por haber perdido la medida de la armonía, por haber perdido el pudor. Se burlaron de ellos y les apedrearon. La sangre de los santos manchó el pavimento de los templos.

En desquite aparecieron otros ilusos que imaginaron restablecer la armonía entre los hombres, de tal suerte que cada uno de ellos, sin dejar por eso de amarse a sí mismo más que al prójimo, no constituyese un obstáculo y un inconveniente y que formaran juntos una especie de sociedad en que todos viviesen de acuerdo. Largas guerras se entablaron para que prevaleciera este principio. Los combatientes creían firmemente que la ciencia, la sabiduría y el sentimiento de la seguridad personal obligarían al fin a los hombres a ponerse de acuerdo sobre las bases de una sociedad racional, y para ello, a fin de precipitar el acontecimiento, los "puros" se esforzaban en desembarazarse de todos aquellos que no eran "puros" y que no comprendían su idea, para que constituyesen un obstáculo para su triunfo.

El sentimiento de la conservación personal se debilitó rápidamente y fué el advenimiento de los orgullosos y de los voluptuosos que exigían claramente: todo o nada. Para adquirirlo, hubo que recurrir a la ferocidad y, cuando ésta no triunfaba, al suicidio. Hubo religiones para celebrar el culto de la no existencia y de la destrucción de sí mismo, en nombre del reposo eterno en el seno de la nada. Al fin, los hombres se cansaron de un trabajo tan insensato y en sus rostros se marcó el estigma del dolor y así proclamaron que el dolor es belleza, puesto que por el precio del dolor existe el pensamiento. Comenzaron a festejar el dolor en sus cantos. Iba yo entre ellos, retorciéndome las manos y llorando por ellos, pero les amaba acaso más que antes de que sus rostros conociesen el dolor, cuando eran tan inocentes y tan hermosos.

Volví a amar la Tierra manchada por ellos, más aun que en el tiempo en que era un paraíso, únicamente porque el dolor hizo su aparición. Desgraciadamente, siempre había amado la tristeza y el sufrimiento, pero para mí, para mí solo y lloraba por ellos compadeciéndoles. Les tendía los brazos acusándome en mi desesperación, maldiciéndome y despreciándome. Les decía que había sido yo solo, el que había traído la corrupción, la peste y la mentira. Les supliqué que me crucificasen, les enseñé cómo se hacía una cruz. No podía, no tenía valor para matarme, pero quería asumir todos sus sufrimientos, aspiraba al sufrimiento, aspiraba a verter en el sufrimiento hasta la última gota de mi sangre. Pero se contentaban con burlarse y al cabo me tomaron por un caso de locura mística.

Así fueron ellos quienes me justificaban, diciendo que no habían hecho más que obtener lo que buscaban y que todo lo que sucedía en aquellos momentos no podía dejar de suceder. Al fin declararon que comenzaba a parecerles peligroso y que si no me callaba, me encerrarían en un manicomio. Un pesar tan intenso invadió entonces mi alma, que mi corazón se angustió, me sentí morir y entonces... me desperté.

.....

Empezaba a amanecer. No era de día aún. Eran cerca de las seis. Volví a abrir los ojos en aquel mismo sillón, la vela se había consumido hasta el fin; todo callaba en la habitación del capitán; un silencio, extraordinario en la casa, reinaba en torno. Mi primer movimiento fué saltar, dominado por una gran sorpresa: nunca me había sucedido nada parecido, ni siquiera, detalle fútil, haberme dormido así en el sillón.

De pronto, mientras me ponía de pie y recobraba el conocimiento, hirió mi vista el revólver cargado y dispuesto a disparar. Pero me apresuré a rechazarlo. ¡Vivir! ¡Ahora, vivir! Levanté los



brazos, invocando la eterna Verdad; no la invocaba, lloraba; un fervor, un infinito fervor inflamaba mi alma. Sí, vivir y predicar. En el acto decidí consagrarme a la predicación y para toda la vida. Iría a predicar, quería predicar. ¿Qué? La Verdad, puesto que la veía, la veía con mis propios ojos, la veía en todo su esplendor.

Y desde entonces estoy predicando. Y amo a los que se ríen de mí, aun más que a los otros. ¿Por qué esto es así? Lo ignoro y no puedo explicarlo, pero poco me importa que sea así. Ahora pretenden que desvarío, mejor dicho, que empiezo a desvariar, y ¿qué será más adelante? Verdad exacta: desvarío y acaso cuanto más tiempo pase vaya empeorando. Seguramente me equivocaré más de una vez, antes de descubrir cómo debo predicar, esto es, por medio de qué actos y de qué palabras, porque no es fácil de realizar. Todo esto lo veo desde este momento claro como el día; pero, decidme: ¿quién no desvaría? Sin embargo, todos, desde el sabio al más criminal de los bandidos, caminan y se dirigen hacia un mismo y único fin aunque sigan caminos diferentes. Esta es una antigua verdad, pero he aquí algo nuevo: que yo no podría equivocarme en mucho, porque he visto la Verdad, la he visto y sé que los hombres pueden ser hermosos y felices sin perder la facultad de vivir sobre la tierra. No puedo ni quiero creer que el mal sea condición natural del hombre. Y sin embargo, solamente por esta afirmación se burlan de mí. Pero, ¿por qué no me han de creer?

He visto la Verdad, no es que la haya imaginado en mi espíritu, la he visto, digo: visto y su imagen ha llenado mi alma para siempre. La he visto dotada de perfección tan absoluta que tengo que creer que existe entre los hombres. Así, pues, ¿cómo es posible que desvaríe? Sin duda, me extraviaré alguna vez y pronunciaré palabras extrañas, pero no será por mucho tiempo. La imagen viviente de lo que he visto, me acompañará a todas partes y sabrá encauzarme y dirigirme. Soy animoso, tengo fuerzas nuevas, y caminaré aunque sea mil años.

He de confesaros que, al principio, intenté ocultar que yo había corrompido el mundo... Ya era una falta: era ya un primer pecado. Pero la Verdad me ha dicho en voz baja, que mentía, me ha preservado, me ha guiado. ¿Qué hacer para establecer el Paraíso? Lo ignoro, porque no sé expresarlo con palabras. Después de mi sueño he perdido el uso de la palabra. Al menos de las palabras esenciales, indispensables. Pero ¿qué importa? Marcharé sin descanso y lo diré todo, porque, no obstante, he visto con mis propios ojos, aunque no sepa explicar lo que he visto. Esto es lo que los más inteligentes no acertarían a comprender. "Un sueño, dicen, una pesadilla, una alucinación." ¡Bah! ¡Bah! Todo eso es bien poco. Y sin embargo, están orgullosos de decirlo. ¿Un sueño? ¿Y qué es un sueño? ¿Y nuestra vida no es un sueño? Sin embargo, diré: ¿qué importa que nunca más vuelva el Paraíso y que no exista, puesto que os digo que lo comprendo? A pesar de todo predicaré el Paraíso. No obstante, como todo es sencillo, podría ser que un día, en "una hora sola", todo quedara reedificado.

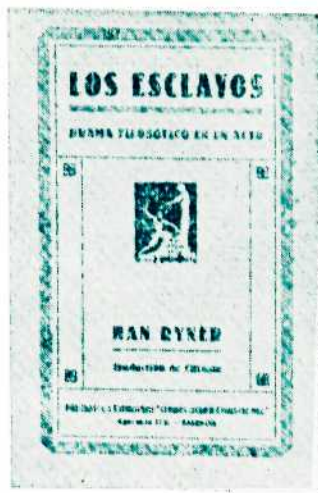
Lo esencial es amar a su prójimo como a sí mismo, esto es lo esencial, esto es lo que es todo sin necesidad de nada más: en el acto sabréis cómo reedificar el Paraíso. Y sin embargo, no se trata más que de una verdad antigua, que hemos leído y releído millares de veces, pero que siempre ha sido ineficaz.

"La consciencia de la vida es superior a la vida; el conocimiento de las leyes de la felicidad, superior a la felicidad", he aquí contra lo que hay que luchar. Y lucharé. Que todos lo quieran y en el momento todo quedará reconstruido.

.....  
Respecto a aquella niñita, he salido a buscarla... y seguiré andando... andando en su busca.

FIN





**Almanaque de "Generación Consciente" para 1928.**—Son estos almanques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso.—Precio, 1 pta.

**Los esclavos,** por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

**Los herederos de la gran tragedia,** por Sebastián Gomila.—Acertadísima, profética visión de la post-guerra. Obra unánimemente elogiada por la crítica.—Precio, 2 ptas.



**Estudios sobre el amor,** por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.—El delito de Besar.—La reconquista del derecho de amar.*—Es este un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

**El Alcohol y el Tabaco,** por León Tolstoi.—Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto como cooperar a disipar las tinieblas que obscurecen la conciencia del mundo.—Precio, 1 pta.



**Libertad sexual de las mujeres,** por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos..... 5

**Maternología y Duericultura,** por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre ..... 0'25

**¿Maravilloso el instinto de los insectos?**—Interasantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Lorulot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski..... 0'30

**La filosofía de Ibsen,** por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la trascendencia filosófica y social del mismo..... 0'25

**Almanaque de "Generación Consciente" para 1927** ..... 1

**Sotir el libre,** por Panait Istrati.—Preciosa novelita de este celebrado escritor..... 0'25

**Realismo e Idealismo mezclados,** por E. Armand.—Otro libro del esforzado periodista y abnegado luchador Armand, en el que manifiesta sus excepcionales dotes narrativas, resumiendo en bellas y geniales páginas su amplia y acertada visión de la vida..... 1'50

**La Tisis,** (Cómo se evita; cómo se cura), por el Dr. Bjancaj, con ilustraciones ..... 2

**La tragedia de la Emancipación femenina,** por Emma Goldman.—Se adivina a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio poco común entre los de su sexo..... 0'20

**La Calvicie** (Cómo se evita; cómo se cura), por el Dr. W. Koheler.—Recetario general de las más eficaces fórmulas y procedimientos radicales para la conservación del pelo, evitar su caída y producir su renovación ..... 4

**Pío Baroja,** por Francisco Pina.—Estudio crítico de la obra y la personalidad del genial escritor ..... 3

**Plantas que curan y plantas que matan,** por el Dr. Pío Arias Carvajal.—Tratado teórico práctico de botánica medicinal para la curación de todas las enfermedades..... 3

COLECCION «LA NOVELA MENSUAL DE GENERACION CONSCIENTE»

**Crainquebille,** por Anatole France ..... 0'50

**La muerte de Oliverio Bécaille,** por Emilio Zola ..... 0'50

**El Mareo,** por Alejandro Kuprin ..... 0'50

**Luz de Domingo,** por Ramón Pérez de Ayala... 0'50

A toda nota de pedido debe acompañarse su importe, por giro postal. Los envíos se hacen certificados, libres de gastos, inmediatamente de recibido el dinero.



# Medios para evitar el embarazo

Por el Dr. G. HARDY

Obra utilísima, ampliamente documentada e ilustrada con 39 grabados en el texto, detallando los más modernos y perfectos procedimientos científicos para evitar la concepción no deseada, y los medios anticoncepcionales más eficaces y seguros.—Primera edición española autorizada por el autor, notablemente corregida y puesta al día.—Libro de utilidad excepcional, importantísimo.—Indispensable en todos los hogares cuyos cónyuges deseen orientarse en sus relaciones sexuales para una procreación consciente y limitada, a completa voluntad suya, tanto del hombre como de la mujer.—Esta obra ha merecido los honores de los más duros ataques de la mojigatería francesa, y los más sinceros elogios de los hombres científicos de espíritu libre, médicos, abogados, escritores, artistas, etcétera, habiéndose vendido numerosas ediciones en Francia.

## PRECIO:

En rústica:  
**3'50 ptas.**  
Encuadernado en tela:  
**5 ptas.**

## Consultorio Médico de ESTUDIOS

**Dr. Roberto Remartínez**

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid  
Académico corresponsal de la Academia de Medicina de Barcelona

Ex médico de la Cruz Roja  
Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,  
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia.  
Descuentos especiales en consultas y tratamientos  
a los lectores, enviando el cupón.  
Pedid cuestionario.

CONSULTA EN VALENCIA:

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

**J. PEDRERO VALLES**

MÉDICO HOMEÓPATA

Fuente Dorada, 7, pral. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídase «Cuestionario de preguntas», adjuntando el franqueo para la contestación.

**Dr. Isaac Puente**

MÉDICO

Cárcel de ZARAGOZA

A los lectores de ESTUDIOS que acompañen el cupón, 2 pesetas por cada consulta por correspondencia.

**DR. L. ALVAREZ**

MÉDICO NATURISTA

Santiago, 43

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará tres pesetas en la primera consulta, y una peseta en las sucesivas.

**Dr. M. Aguado Escribano**

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 por 100 en la primera consulta, y el 25 por 100 en las sucesivas.

**ESTUDIOS**

CUPON CONSULTA

Núm. 68.—Abril 1929

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.